

## Misericordiosos como el Padre

*Nelson Medina, OP,  
Facultad de Teología,  
Universidad de Santo Tomás de Aquino, Colombia,  
nelson@fraynelson.com*

### 1. La misericordia en la Palabra de Dios

Empiezo agradeciendo a Dios, a la Orden Dominicana y a esta querida Facultad de Teología “San Pablo” por esta invitación. Qué oportuno reunirnos para conocer mejor la misericordia divina porque en ella, hasta cierto punto, se resume el contenido de la revelación.

Esta exposición tiene cuatro partes. Primero, destacar cómo, a lo largo de la revelación bíblica, la iniciativa siempre es de Dios. Segundo, hacer un pequeño examen hermenéutico a una expresión que se repite en varios lugares de la Biblia y que va jalando la historia de la salvación: Dios es lento a la ira y rico en clemencia. Esa expresión es casi, diríamos, la descripción del amor de Dios. En tercer lugar, vamos a enumerar algunas cuestiones del Antiguo Testamento. Y por último, cuarta y última parte, vamos a asomarnos al misterio inabarcable de la misericordia divina revelada en Nuestro Señor Jesucristo.

En la Biblia muchas veces se nos exhorta a ser misericordiosos; hay una bienaventuranza que lo dice, y ya desde el Antiguo Testamento hay textos que invitan a la misericordia. Cómo no recordar aquí el Deuteronomio, cuando se le exhorta al pueblo de Dios, por ejemplo: “Serás compasivo con el forastero, porque tú fuiste forastero” (Dt 10,19). Pero en esta primera parte vamos a tomar nuestro punto central en la revelación de la Misericordia divina.

## **1.1. La iniciativa divina**

Desde el punto de vista filosófico, la fundamentación de la misericordia está en la asimetría entre Dios y el hombre. Asimetría que significa que este Dios en el que nosotros creemos nos rebasa en todo sentido: en su conocimiento, en su poder, en su duración, en su profundidad. Pero el hecho es que Aquel que nos rebasa, Aquel que nos excede, ha querido comunicarse con nosotros, se ha revelado a nosotros, aún más, se ha dado a nosotros: eso es lo constitutivo del Dios revelado al pueblo hebreo y que tiene su plenitud en el rostro de Nuestro Señor Jesucristo.

Ideas muy elevadas de Dios tuvieron los antiguos. Así por ejemplo, Aristóteles tuvo una idea muy elaborada sobre cómo Dios había de ser una “causa incausada.” Acto primero, motor inmóvil, son expresiones aristotélicas majestuosas, solemnes y, sin embargo, para Aristóteles, ese Dios tan perfecto, sería imperfecto o caería en imperfección, si pretendiera tener como pensamiento y como interés algo inferior a sí mismo. Por eso, para Aristóteles, sólo hay algo que es digno como pensamiento de Dios y es Dios mismo. Por eso el Dios de Aristóteles sólo piensa en sí mismo; no se vuelve al Universo, no se vuelve al resto de lo que existe porque eso sería disminuir su calidad ontológica.

Pues, para sorpresa nuestra, el Dios de la Biblia es el Dios que se “unta” desde el principio de la realidad finita, cuestionable, pasajera, frágil, incoherente, incluso sucia, del ser humano. Y eso aparece desde las primeras páginas de la Biblia.

Ahora bien, aquí surge otra diferencia entre el pensamiento filosófico y el pensamiento teológico. Todo buen filósofo sabe y siente que su construcción teórica es el fruto de un esfuerzo sostenido. Si miramos, por ejemplo, el sistema de Hegel, Kant

o Aristóteles, encontramos personas que han dedicado lo mejor de sus fuerzas a enlazar ideas, afirmaciones, razonamientos de modo tal, que hasta un cierto punto, ese resultado es como un engendro de ellos, como un hijo de ellos, y así lo quieren y así lo defienden, incluso con cierta agresividad. Los sistemas filosóficos tienen esa característica: tienen dueño y tienen doliente porque son fruto de un esfuerzo humano.

La Biblia nos sitúa en un ambiente totalmente distinto: no es el hombre que sale a encontrar la verdad, es el hombre que se descubre hallado por, encontrado por la Verdad. Y por eso, ya desde el primer encuentro entre Dios y Abraham (cf. Gn 12), ya encontramos una noticia que trasciende lo que está en nuestra mente.

Por decirlo de otra manera, el filósofo mantiene el control sobre sus conceptos. Si le pregunto a Hegel qué significa *Geist*, él, en dos o tres horas, me explica porque él lleva treinta o cuarenta años, trabajando lo que significa *Geist*, que suele traducirse al castellano como “espíritu.” Ese concepto es su hijo, y por eso lo domina y lo administra.

Abraham no domina a Dios, Abraham no domina el mensaje de Dios; Moisés no domina a Dios; los profetas no sienten que sean dueños de Dios ni de su Palabra. De hecho, la manera como se revela la Palabra les sitúa en un camino, que es el camino de la Providencia, el camino de la gratuidad.

Por eso en la Escritura hay un gran contraste con respecto al modelo que podemos llamar “transaccional” y que es propio de las religiones paganas: yo le doy al dios o a la diosa, algo que ella quiere, y esa diosa me da algo que yo quiero. En la religión de Israel, por el contrario, de un modo cada vez más claro, se va revelando que Dios *no* necesita: “¿Acaso me complazco yo, -dice Dios-, acaso me complazco yo en la grasa de carneros?”

¿Quién pide algo de vuestros rebaños?” (véase Is 1,10-17). Eso no es arrogancia, eso no es soberbia, eso es la asimetría que hemos mencionado al principio de esta reflexión. El Dios que de una manera tan clara, tan rotunda afirma: “No necesito de ti”, no es un Dios arrogante; es un Dios compasivo. Porque lo maravilloso es: “No necesito de ti, pero quiero estar contigo”.

Y eso obliga a una pregunta dramática: ¿Por qué? Si no necesitas de mí, ¿por qué quieres estar conmigo? Es claro que los llamados dioses sí necesitaban. Así por ejemplo, en el altar de Vesta, allá en Roma, tenía que arder un fuego perpetuo, y dejar apagar el fuego de Vesta era un crimen contra Vesta. Nuestro Dios en cambio es un Dios que no necesita nada; es un Dios, -atrevámonos a decirlo-, que no nos necesita.

Pero es que eso es lo maravilloso: que no me necesita, pero quiere estar conmigo; no me necesita, pero llega hasta mí; no me necesita, pero celebra alianza conmigo; no me necesita, pero toca hasta lo más inmundo de mi ser y lo sana y lo levanta: esa es la revelación de la misericordia. Quedémonos con una frase: el amor compasivo como única explicación posible.

En el mundo de Aristóteles no hay sorpresas, ¿en qué piensa el comerciante? En el dinero. ¿En qué piensa el lujurioso? En su placer sexual. ¿En qué piensa Dios? Pues en sí mismo porque no hay nada inferior a Él. En el mundo de Aristóteles no hay sorpresas, no hay asombro, no hay quebrantamiento. En la Biblia hay asombro: ¿por qué este Dios infinito, por qué este Dios compasivo ha llegado hasta mí? Sólo hay una respuesta: misericordia. No hay otra respuesta.

Esto está indicando que no le hacemos un favor a Dios cuando lo presentamos como menos de lo que es. Hay quienes consideran que la afirmación de un Dios eterno, absoluto, perfectísimo, lo aleja de nosotros. En realidad, no hay

contradicción: el Dios que es perfectísimo, hay que afirmarlo así, perfectísimo, sin luego negar que ese Dios perfectísimo ha querido acercarse a nosotros. Porque es en esa dialéctica entre la infinita perfección y la maravillosa cercanía, en esa tensión es donde se quebranta el corazón y donde se realiza la revelación de la Misericordia, según la Palabra divina.

## 1.2. Dios es “lento a la ira y rico en piedad” (Núm 14,18)

Hay que notar que la palabra “ira” prácticamente está proscrita del discurso teológico contemporáneo. La Biblia, en cambio, no teme hablar de la ira. Y es interesante ver que la ira, según la explicación de Santo Tomás de Aquino, es la respuesta natural frente a la injusticia<sup>1</sup>. En la *secunda secundae* de la *Suma Teológica*, donde Santo Tomás hace el estudio de las virtudes y los vicios de una manera más detallada, analiza el caso de la ira, y una de las cosas que dice al respecto es que es mal síntoma que una persona nunca tenga ira<sup>2</sup>. Es preocupante que una persona no sienta ira frente a la injusticia, porque el que no tiene ira frente a la injusticia, o carece de capacidad cognitiva o carece de capacidad volitiva. Como quien dice: o no te estás dando cuenta de lo que está pasando, o te das cuenta y no te importa, y cualquiera de las dos cosas es negativa.

Por ello la ira es parte de una cosmovisión que toma en serio la palabra “justicia”. Si nos damos cuenta, es exactamente lo mismo que vemos en la sociedad. ¿Qué sentimos, por ejemplo, cuando nos enteramos que un determinado político tomó el presupuesto que era para el acueducto del pueblo y decidió con eso comprarse una mansión en el extranjero? ¿Qué sentimos?

---

<sup>1</sup> Cf. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, BAC, Madrid 1989, I-II, q. 47, a. 2; I-II, q. 46, a. 7.

<sup>2</sup> Cf. *ibid.*, II-II, 158, a. 8

Si no sentimos nada, enseña Santo Tomás, estamos mal, porque hay que sentir ira.

Pero entonces surge una pregunta: si la ira es un elemento constitutivo de respuesta a la injusticia, y si Dios es un Dios justo, entonces ¿cómo entra la ira dentro de la revelación de la misericordia?

Hay muchas personas que simplemente omiten el problema; otros toman una solución que podríamos llamar marcionita. Recordamos a Marción, que hablaba de que había un Dios en el Antiguo Testamento y otro Dios en el Nuevo Testamento. La solución marcionita va de este tenor: “Todo lo de la ira está en el Antiguo Testamento, pero en el Nuevo Testamento se acaban todas las rabias...”. Ello, sin embargo, no es solución entre otras cosas porque las expresiones de ternura, de dulzura y de misericordia, en el Antiguo Testamento son abundantes, hasta llegar a la poesía: “Te tengo tatuada en mi mano” (Is 49,16), le dice Dios al pueblo. “Aunque una madre se olvide del hijo de sus entrañas, yo jamás me olvidaría de ti” (Is 49,15). “Yo soy Dios y no hombre, dice-, voy a detener mi ira” (Os 11,9).

¿Cómo nos presenta la Sagrada Escritura este tema de la ira? Pues en primer lugar nos enseña que Dios es un Dios celoso, un Dios que no negocia la altura a la que quiere llevarnos. Una de las conclusiones que espero que podamos sacar de nuestra reflexión sobre este tema es que no le hacemos ningún favor a Dios rebajándolo, y no le hacemos ningún favor a la vida cristiana diluyéndola, destemplándola. La proclamación de la misericordia no es la canonización de la mediocridad. Proclamar que Dios es compasivo no es una invitación a ser medianos, a ser mediocres o a que cada uno aprenda a vivir “con sus demonios,” como se ha popularizado ahora en algunos círculos.

El Dios de la Biblia es un Dios celoso. Y el Antiguo Testamento nos dice: “Seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo y os he escogido para que seáis míos” (Lv 20,7). Y en el Nuevo Testamento, si a alguien no le quedaba claro, Cristo dice: “Sed perfectos, -¿cómo quién?-, como vuestro Padre Celestial es perfecto” (Mt 5,48). Si este Dios me llama a una altura, que para mí es inalcanzable, y si la religión, que tiene su raíz en el pueblo hebreo y que tiene su plenitud en Cristo, no me da permiso de ser un mediocre, ¿cómo son compatibles? La respuesta que encontramos es asombrosa: Dios descarga toda su ira contra aquello que te disminuye. Es decir, la fuerza de la ira divina es la que hace posible lo que dice el salmo: “Él aleja de nosotros nuestros pecados. Como dista el Oriente del ocaso, así Él aleja de nosotros nuestros delitos” (Sal 103,12).

Hay una comparación, quizás un poco infantil, que sin embargo es muy útil. Piense en el caso de una mamá que está en una habitación con su hijito. El niño está jugando; es una casa de campo, y de repente al niño le llama la atención algo que se mueve, y lo que se mueve es una serpiente venenosa. Sabemos adónde conduce este relato: la dulzura de amor que ella tiene por su hijo, se convierte en ira explosiva contra ese animal que le va a hacer daño al hijo.

En la misma línea: la revelación plena de la ira es finalmente la capacidad de separar al pecador de su pecado; una separación que, como tantas otras cosas en la Sagrada Escritura, se revela progresivamente. Por eso, nos vamos a encontrar en la Ley de Moisés que lo que se dice es: “Hay que destruir al pecador”. “Blasfemó, a apedrearlo”; “adulteró, a apedrearlo”; “se burló de la Ley, a apedrearlo”, y así sucesivamente. Ese es el comienzo de un camino. Y en ese camino, poco a poco se va llegando a una distinción: sí se necesita la ira, pero no para destruir al pecador, sino para separarlo de su pecado.

Por eso, la paciencia de Dios no es la complicidad de Dios. No convirtamos al Dios misericordioso en un Dios mediocre, o que invita a la mediocridad o a la complicidad. Entonces, ¿cómo es la paciencia divina? Es la expresión de su providencia para completar la separación entre el pecador y el pecado. Expresión de su providencia, porque el Dios sabio sólo puede obrar con sabiduría, y la sabiduría en acción se llama providencia.

Cuando Dios ve que el niño se acerca a la serpiente, no estalla en un grito que llene de pánico al niño y lo lleve quizás a arrojarlo sobre la serpiente: hay que obrar con sabiduría. Y esa disposición de la salvación para lograr lo mejor de cada uno de nosotros. Eso es lo que la Biblia llama la paciencia divina. Esa paciencia no es que Dios esté distraído, no es que Dios esté lejano, no es que Dios esté cohonstando el pecado: es la expresión de su providencia para liberar a la persona del pecado. Por eso, la paciencia divina está unida a la pedagogía divina.

Este es un tema arduo desde el punto de vista moral porque esto tiene que ver con una de las palabras favoritas del Papa Francisco: “acompañar”. Cuando él nos invita, especialmente a los obispos, sacerdotes, a que acompañemos, nos está invitando a que seamos espejos de la providencia de Dios. Un ejemplo. Cuando Cristo se encuentra con la samaritana, según Juan 4, las primeras palabras del Señor parecen completamente ajenas al drama de esta mujer: lo que hace es simplemente pedirle que le dé de beber. No empieza diciéndole: “¿Y usted cree que con esos adulterios adónde va?” Ese no es el saludo de Cristo: Cristo hace un camino con ella.

Pero el peligro del acompañamiento es que nos quedemos acompañando. El peligro del acompañamiento es que nos sentemos al borde del camino. Y en vez de caminar con el hermano hacia la liberación, es decir, hacia la separación entre



pecador y pecado, terminemos volviéndonos, en la práctica, cómplices. Hay que acompañar, y hay que animar, y hay que consolar, y hay que acoger. Todo eso hay que hacerlo, pero todo eso que hay que hacer no implica estacionarse y detener el proceso. Dios no nos llamó para que nosotros detengamos la fuerza de su llamado de santidad y amor para con los demás hermanos.

Nosotros, porque así nos ha correspondido, particularmente sacerdotes, maestros, teólogos, catequistas, misioneros, somos llamados por Dios, pero no somos los únicos llamados: todo el pueblo ha sido llamado por el mismo Señor: “De Egipto llamé a mi pueblo” (Os 11,1). Es claro entonces que los que hemos sido llamados para servir al pueblo, que también es llamado, no podemos interrumpir el camino de ellos. Y por eso, ¡la gran dificultad de saber acompañar! Porque es que saber acompañar no es otra cosa sino ser espejo de la providencia divina. Y eso no es fácil.

### **1.3. Algunas cuestiones del Antiguo Testamento**

Es tiempo de abordar un tema complejo: el llamado a la violencia. Casi siempre cuando alguien quiere burlarse de la Biblia toma textos del Antiguo Testamento. Y a partir de esos textos básicamente lo que quieren decirnos es: “Mire, este es su Dios: su Dios, el que manda a matar a los amalecitas; su Dios, el que invita a cantar y a celebrar la muerte de los egipcios, ese es el Dios suyo...”. ¿Dónde queda la misericordia cuando hay tantos llamados a la violencia en el Antiguo Testamento? Esa es la pregunta que ahora enfrentamos.

Para buscar una respuesta, lo primero es ir al contexto del mundo antiguo, que es completamente distinto del nuestro. En efecto, en nuestra situación presente, salvo diferencias

relativamente menores entre unos países y otros, todos estamos acostumbrados a que existe algo que se llama “estado de derecho”, es decir, que hay una ley que rige y que vale; lo cual implica que, por lo menos teóricamente, si alguien comete un robo, se le debe atrapar, juzgar y debe recibir algún castigo, que en un caso grave puede ser cárcel, por ejemplo. Eso que para nosotros es elemental, y eso que hemos respirado desde el comienzo de nuestra existencia en este planeta. Es lo que no existía en la antigüedad. Las prácticas rutinarias de los pueblos bíblicos son absolutamente crueles para nuestros estándares.

Muchos saben o imaginan que las antiguas tribus podían pelear por los bienes básicos, como el acceso a las fuentes de agua; lo que muchos tal vez no tendrían tan presente es el nivel de crueldad de aquellos pueblos para asegurar y conservar su predominio. Es bueno recordar aquí, por ilustrativo, el caso de los asirios. Los asirios, con su capital Nínive, tuvieron un imperio bastante fuerte y respetable hacia los siglos IX y VIII antes de Cristo. Tenían buen terreno, ¿pero cómo lo habían conseguido? Los reyes del estilo de Senaquerib, que es mencionado en la Biblia<sup>3</sup>, enviaban una embajada a un determinado país o pueblo: “Mira, voy a anexas tu terreno al mío”, –no es si quieres, no es si te parece–, no: “voy a anexarlo”. “Si quieres rendirte ya, no hay problema...”. Bradford describe sucintamente la visión típica de los Asirios: “They considered the world their private hunting ground and they transformed their annual campaigns into an immensely profitable enterprise”<sup>4</sup>. Ese es el mundo del Antiguo Testamento en su gran mayoría.

---

<sup>3</sup> Véase particularmente Is 37, repetido casi literalmente en 2 Re 19.

<sup>4</sup> “Ellos consideraban al resto del mundo como su coto de caza, y volvieron sus campañas anuales una empresa de formidables ganancias”. Alfred S. Bradford (ed.), *With arrow, sword, and spear: a history of warfare in the ancient World*, Praeger, Westport (CT) 2001, 41. Las páginas 41 y 42 contienen descripciones gráficas de los niveles de sadismo usuales para la época.

Por ello denota grave ignorancia que tanta gente quiera trasladar los acuerdos de la ONU y la convención de Ginebra al siglo IX antes de Cristo.

La conclusión se impone. A veces, sin ser lo deseable, la única posibilidad es la violencia. Suena depravado para algunos de nuestros estándares, pero es así. De hecho, nuestra época tristemente nos está dando nuevos ejemplos de eso. ¿Habrá quien crea que se puede detener algo al Estado Islámico simplemente con expresiones humanitarias como: “Acuérdese de la ONU; tenga presentes los derechos humanos...”. Podemos decir que en el mundo del Antiguo Testamento casi todos eran Estado Islámico.

¿Qué tiene que ver todo esto con la misericordia? Hay dos posibilidades. Una posibilidad es llegar uno a la Biblia con la idea que uno tiene de misericordia y tratar de imponerle la idea que uno tiene a la Biblia. Si tengo la idea de que la misericordia siempre es ternura, buenas maneras, cortesía, llevo a la Biblia y me encuentro con la violencia del Antiguo Testamento y entonces digo: “Esto no es misericordia”. Eso es tratar de imponer mi idea sobre la Biblia.

La otra posibilidad, que es, por supuesto, la que ha seguido la Iglesia, es aprender de la Biblia misma cuáles son las dimensiones de la misericordia, hasta descubrir que las dimensiones de la misericordia a veces tienen palabras muy duras. ¿Qué tenemos que decir entonces sobre la violencia? Que hay un contexto espantoso, y que en determinadas circunstancias, las únicas palabras son acciones; y en determinadas circunstancias, lo único bueno que se puede hacer es detener al malo.

No sé si algunos de ustedes hayan visto documentales o películas sobre el nazismo, y sobre los intentos, hubo por lo menos dos intentos muy serios de matar a Adolfo Hitler. Yo

no sé si los sacerdotes que están aquí me puedan absolver del pecado que voy a confesar, pero cuando yo veo esas películas, cuando llego a la parte en que falló el atentado, yo digo: “¡Ah, qué pesar!” “—¡Pero es la muerte de un ser humano!” —Sí, ¿y qué prefieres?” Claro, lo que queremos es la conversión, sí, de acuerdo. ¿Cuántos diálogos, cuántas mentiras, cuántos engaños, uno tras otro, de este señor Adolfo Hitler?

Son temas difíciles, son temas complejos, pero nos están mostrando algo muy propio de la misericordia, y es que la misericordia no solamente es hacer el bien; misericordia también es frenar el mal. Y frenar el mal no siempre se logra con buenas maneras y con muchas sonrisas. Sobre esto hay una doctrina moral muy amplia en la Iglesia católica; los que quieran profundizarlo pueden buscar lo pertinente a la llamada “guerra justa”.

#### **1.4. Cristo, Testigo máximo de la misericordia**

Pasamos a la última parte de este primer apartado. ¿Qué encontramos en Cristo? Su praxis marcada, descrita por Lucas. “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, la vista a los ciegos, el año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).

La vida de Cristo está bien resumida en aquella frase de Hechos de los Apóstoles: “pasó haciendo el bien”, aunque también añade, en el mismo lugar: “liberando a los oprimidos por el mal” (Hch 10,38). Lo primero que nos asombra en las páginas del Evangelio es la abundancia de una compasión que no se detiene. Cristo literalmente se gasta y desgasta por los últimos, por los pobres, por los pequeños, por los excluidos,

por los que no valen, por todos esos que el Papa Francisco nos recuerda con frecuencia: “los de las periferias”.

Ese es un dato fundamental y es un dato de enorme esperanza, porque cuando Cristo dice: “No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores” (Lc 5,32), cuando dice: “No son los sanos sino los enfermos los que necesitan del médico” (Mc 2,17), esas palabras invitan a cada uno a reconocerse pecador y enfermo. Es decir, la praxis de Jesús no solamente beneficia a los que felizmente pudieron, como dice Lc 5,1, “arrojarse” sobre él, sino que su modo de vida y su actuar nos invitan a los pecadores, en todo lugar, y a los enfermos de todos los tiempos, también a volvernos hacia Cristo, y “arrojarnos” sobre Él.

La enseñanza que nos presenta Cristo está también marcada por la misericordia. En aquella época, un proceso prolongado e inexorable había convertido el conocimiento teológico en el patrimonio de una élite cerrada: los llamados escribas. Las parábolas de Cristo, en cambio, son como una efusión de misericordia del intelecto, de modo que todo aquel que quiera oír con atención, algo pueda recibir. O sea que su palabra también es expresión de misericordia, porque es una palabra que no deja en ayunas al pobre, al pequeño, al ignorante.

Me parece, no por hacer un simple elogio, que eso está cumpliendo esta Facultad de Teología. Si miramos el auditorio, ¡qué hermosa variedad del pueblo de Dios aquí! Y así debe ser. No podemos encerrarnos en un mundo de especialistas. A la luz del Evangelio entendemos que los círculos elitistas, cerrados, rancios, van en contravía de la sencillez de las parábolas de Cristo, con las que Él ha querido bendecir, acariciar, iluminar todas las mentes.

Con sus milagros y con sus exorcismos, Cristo, el Señor, manifiesta también la misericordia de Dios. Qué bella respuesta

les da a los fariseos: “El dedo de Dios está aquí. Ahora que el demonio se ha ido, ¿por qué no descubres el dedo de Dios? Dios está aquí” (véase Lc 11,20). ¡Es la visita de Dios! Y la gente así lo reconocía: “Dios ha visitado a su pueblo” (Lc 7,16).

Sin embargo, siguiendo el criterio ya establecido, a saber, que es la Biblia la que tiene que enseñarnos qué es misericordia, y no nosotros imponer nuestra idea de misericordia a la Biblia, hay que recordar dos cosas, en cuanto al ministerio de Cristo. Primera, que Cristo también era misericordioso cuando encaraba a algunos diciéndoles: “Raza de víboras” (Mt 23,33); “sepulcros blanqueados” (Mt 23,27), “hipócritas” (Mt 23,29). Cristo no deja de ser misericordioso cuando le dice a Pilatos: “Estás en pecado” (véase Jn 19,11). No impongamos nuestra idea de misericordia sobre la Palabra: Cristo también es compasivo cuando hace un azote con unas cuerdas y saca a los mercaderes del templo (cf. Jn 2,13-22).

En segundo lugar, no olvidemos que la máxima manifestación de la misericordia será siempre un enigma: la cruz; en ella está condensada, resumida, implicada toda lo que puede decirse de la misericordia divina. En efecto, la cruz *acoge* a todos. Nadie hay tan miserable, o tan sucio, o tan roto, que no vea al Crucificado y diga: “Nos parecemos”. Además, la cruz *enseña*. Porque este Cristo crucificado está en fidelidad a la voluntad del Padre, es el Cristo que nos enseña. Muchos hemos conocido la tentación de tomar la justicia por nuestra propia mano, o tentados de renegar de nuestra fe, como cuando uno siente que le brotan por dentro esta clase de palabras: “Dios no puede existir porque entonces cómo sucede esto y esto otro...”. Pero Cristo en la cruz está diciendo: “Sí, Dios existe y su voluntad es la única que muestra el camino al hombre”. Esa luz es su gran misericordia para las horas más oscuras.

Y en tercer lugar, la cruz es vital porque próximo a ella dijo el Señor Jesús: “Ahora va a ser juzgado el príncipe de este mundo” (Jn 16,11). O sea que nuestra libertad está ahí, y por eso, en esa libertad nos gozamos y en esa libertad agradecemos el regalo de la misericordia divina.

## **2. La misericordia en la teología**

Voy a ofrecer algunas claves sobre la misericordia en la teología, y quisiera que se vieran estas palabras como una invitación a profundizar.

En la preparación de este tema he tenido amables sorpresas. Una vez más, confirmo que el lenguaje de los Padres de la Iglesia, aquellos grandes pastores y teólogos de los primeros siglos de nuestra fe cristiana, tienen numerosas intuiciones, y tienen un modo de hablar que es mucho más cercano de lo que tal vez uno podría pensar. Que sirva de invitación para que volvamos a ellos, a los Padres de la Iglesia, que tuvieron la menuda tarea de presentar a un mundo en el que esas palabras no resonaban, el mensaje de Cristo y del Evangelio.

En primer lugar quiero destacar la importancia que tiene para los Padres, y en general en la teología, el contraste entre pecado y redención. Es decir, el lugar privilegiado para hablar sobre la misericordia es la redención. Es ahí, particularmente ahí, donde se descubre al Dios que es al mismo tiempo poderoso y compasivo. Entonces, el díptico, pecado y redención es el primer punto. Luego, vamos a detenernos en un documento bien interesante, la carta a Diogneto, documento anónimo de incalculable valor y que nos ofrece, en un pasaje, una síntesis de cómo veían la misericordia aquellos primeros cristianos.

Pasaremos después a una alusión a San Agustín, al realce que hace del tema de la gracia y lo que eso importa para el desarrollo

de la teología de la misericordia. Luego, comentaremos algo sobre Santo Tomás y su enfoque particular sobre lo que se llama la Ley Nueva. Creo que es bastante clarificador, sobre todo para evitar oposiciones entre ley y misericordia, que son quizás ajenas al pensamiento de estos grandes teólogos. Por último, pues, mencionaremos algunos elementos de antropología teológica frente a la Modernidad y la Postmodernidad.

Ustedes se dan cuenta que es un recorrido de muchos siglos y de muchos autores, pero yo espero que en cada una de las secciones podamos encontrar elementos no solamente comprensibles sino también aplicables.

## **2.1. El díptico pecado-redención**

Si uno busca en los escritos de la antigüedad la palabra misericordia, utilizando, por ejemplo, medios electrónicos, uno se da cuenta que existe, por supuesto, y es desarrollada, pero no es lo que llamaríamos un término superabundante. Y por eso, nos encontramos con una primera pregunta en la construcción de nuestro objeto temático, y es en dónde o cómo se expresa la realidad de la misericordia, ya que la palabra, como tal, no es excesivamente frecuente. Y la respuesta está en ese contraste entre pecado y redención.

Demos un poco de contexto. El mundo en el que crece el cristianismo es un mundo marcado por las religiones que nosotros llamamos paganas. Y en esas religiones paganas, la deidad es vista básicamente como una proyección, como una extrapolación de lo humano. Por consiguiente, las divinidades paganas tienen el carácter de arquetipos, son algo así como condensaciones de ideales humanos. Así por ejemplo, si vamos a pensar en la belleza, la sensualidad, la voluptuosidad, pues, intentamos concentrar todo eso en una persona y tenemos a



Afrodita. Si buscamos en dónde se concentra el valor, el arrojo, la eficacia en el arte de la guerra, entonces llegaremos a Ares, por ejemplo. Eso es lo que vamos a encontrar. Los dioses, dentro del mundo pagano, que es el mundo que tenía que ser fermentado por la fe cristiana, tienen este carácter de arquetipos. Eso significa también que son dioses lógicos. ¿En qué sentido? En el sentido de que para un guerrero es natural, es normal, mirar hacia Ares. Para una muchacha o para el deseo, quizás lujurioso de un hombre, mirar hacia Afrodita, resulta natural.

Por el contrario, el cristianismo viene a presentar una revelación paradójica de la divinidad. Es una revelación que resulta cómico para esa mentalidad pagana, que un Dios grande se hace pequeño, que me estás diciendo que tu Dios murió en la cruz, me estás diciendo que un muerto resucitó. Es decir, el cristianismo aparece cargado de paradojas, cargado de contradicciones, y en ese sentido no es una religión que fluya a partir de las expectativas humanas (cf. Hch 17,16-21). Hay un rompimiento, hay una solución de continuidad entre las expectativas humanas y el Dios cristiano.

Y lo primero que nos llama la atención, ya desde los tiempos de los Apóstoles y, por ejemplo, desde San Pablo, es este contraste, que se nota en la Encarnación, que se nota en la Crucifixión, que se nota en la Resurrección, que se nota en la Eucaristía - estos elementos de contraste no son limados, no son suavizados por los cristianos. Las aristas, que podríamos llamar antipáticas, por ejemplo, la exigencia moral altísima o la exigencia intelectual inabarcable, no son limadas por los predicadores cristianos. Es decir, si hay una cosa que no vamos a encontrar en los Padres de la Iglesia es un intento de disminuir la paradoja cristiana.

No encontraremos a los Padres de la Iglesia diciendo: “Bueno, la Encarnación fue así, o tal vez no fue así, no importa, el hecho es que tuvimos a Cristo”. No. Ellos no negocian la verdad cristiana, no la ponen en venta, no la ofrecen como en una promoción. Así como en las tiendas a veces se hace una promoción, ¿no? “Estamos de rebajas”. Y entonces se espera que, con un precio menor, la gente se anime a comprar. Los Padres de la Iglesia no rebajan el mensaje cristiano. “Te estoy diciendo que nació de una virgen; te estoy diciendo que murió crucificado, te estoy diciendo que vive resucitado, y te estoy diciendo que nosotros celebramos la cena donde comemos su Cuerpo”.

Esas cuatro cosas, Encarnación, Crucifixión, Resurrección y Presencia Eucarística, son absolutamente chocantes para el mundo entero que rodeaba a los cristianos. Y llama mucho la atención que ninguna de esas paradojas aparece disminuida. Si vamos, por ejemplo, a la descripción de la Eucaristía que hace San Justino, que es bien conocida, en una de sus apologías, o si vamos al *Adversus haereses* de San Ireneo de Lyon<sup>5</sup>, o si vamos, por no irnos a un Tertuliano, a un Orígenes, por ejemplo, si vamos a Atanasio, vamos a encontrar siempre la insistencia en ese Dios paradójico, en ese Dios extraño, en ese Dios que supera nuestras expectativas de comportamiento y supera nuestras expectativas de comprensión.

Notemos que esta superación no sucede en el paganismo. Ningún griego tenía que superar sus expectativas de comportamiento moral, porque sus dioses se comportaban exactamente como ellos. Zeus era un infiel, entonces, si yo soy hombre y le soy infiel a mi esposa, pues a ver, si Zeus es infiel, qué más da que yo también sea infiel a mi esposa. Los dioses

---

<sup>5</sup> Cf. IRENEO DE LYON. *Contra los herejías: exposición y refutación de la falsa gnosis*, Conferencia del episcopado mexicano, México DF 2000.

paganos no suponen una exigencia moral que reviente las expectativas humanas, ni suponen un planteamiento intelectual que quiebre mi cabeza. ¿Por qué, por ejemplo, si vamos al caso de Efestos, por qué Efestos detesta a Era? Bueno, porque pelearon en tal momento; así como yo puedo explicar la pelea de dos de mis vecinos, así puedo explicar la pelea de dos dioses.

El Dios cristiano revienta las categorías intelectuales, y supera, desborda las categorías morales. Para más impacto en nuestro corazón, los Padres de la Iglesia no disminuyen ese contraste: lo presentan tal cual. Y eso nos llama la atención. ¿Por qué presentar a ese Dios excesivo, a ese Dios paradójico, a ese Dios incomprensible? Si recordamos un elemento del primer apartado al referirnos a la misericordia en la Palabra de Dios, veíamos que una de las conclusiones es que cada vez que le preguntamos a Dios “¿por qué?”, la única respuesta es: por nosotros y por nuestra salvación. Y así quedó condensado, de hecho, en el Credo Nicenoconstantinopolitano: “Por nosotros y por nuestra salvación”. Es decir que todas esas paradojas, que todos esos elementos que desafían la inteligencia y que están mucho más allá de mis posibilidades de comportamiento como ser humano, todo ello, finalmente sólo tiene una razón de ser: este es el Dios que lo ha hecho todo, literalmente, todo, con un solo propósito: nosotros y nuestra salvación.

Siglos después, un San Anselmo va a escribir esa obra *Cur Deus homo*<sup>6</sup>, ¿por qué un Dios hecho hombre? Es la pregunta dramática sobre la Encarnación. En nuestros días, en el siglo XX, ese obispo tan reconocido, Fulton Sheen, se hacía una pregunta semejante: “¿Por qué en la cruz? ¿Por qué está en la cruz?”<sup>7</sup>. En el siglo XIV, Catalina de Siena se hace la misma

---

<sup>6</sup> Cf. ANSELMO DE CANTERBURY, “*Cur Deus Homo*”, en *Obras completas de San Anselmo*, BAC, Madrid 1952, 739-891.

<sup>7</sup> Véase FULTON SHEEN, *The life of Christ*, Doubleday, New York 1958.

pregunta, y constata el intercambio: “Yo soy el ladrón, y tú eres el ajusticiado”<sup>8</sup>.

Entonces, la paradoja cristiana, por una parte, es un desafío a la inteligencia; pero por otra parte, es un anuncio colosal del amor que ha vencido todas las barreras. Si a ti te parece demasiado difícil romper las barreras de un comportamiento, llamémoslo así, normal, si te parece difícil salirte de lo normal entendido como lo promedio, lo natural y lo acostumbrado, para aspirar a una cosa que se llama santidad, si a ti eso te parece difícil, y si a ti parece difícil tener que aunar en tu cabeza que de verdad murió y que de verdad resucitó, pues que esas fracturas de tu corazón, ese rompimiento, ese desgarramiento de tu corazón y esa fractura de tu mente, te ayuden a comprender todo lo que Dios ha hecho solamente para que tú puedas ser salvo.

En este sentido, solamente puedo invitarlos, queridos amigos, a acercarnos a San Ignacio de Antioquía y a San Ireneo de Lyon. ¡Qué impresionantes estos gigantes! ¡Qué impresionantes en su manera de expresar: “Verdaderamente sufrió”. ¿Y por qué es tan importante afirmar que sufrió? Porque si sufrió tanto, fue por mí, porque me amó hasta el extremo. Entonces, toda la paradoja cristiana finalmente se traduce en una declaración de amor, y ahí era adonde queríamos llegar. Todo lo maravilloso, todo lo incomprensible de Dios, finalmente nos lleva a una conclusión: hizo todo lo que hizo porque nos amó, porque nos amó hasta el extremo. Por eso se da una relación inseparable entre la afirmación de que el hombre está necesitado de salvación e imposibilitado de salvarse, y Dios que está dispuesto a darlo todo, como de hecho lo ha dado en el sacrificio de su Hijo.

---

<sup>8</sup> CATALINA DE SIENA, “Alabanza ardiente ante la misericordia de Dios para con el mundo”, en *El diálogo*, II, 2, en <https://www.ebookscatolicos.com/descargas/descargar-pdf-el-dialogo-santa-catalina-de-siena/> (fecha de consulta 30.11.2016).

Entonces, ¿qué nos queda como conclusiones de este primer punto? Que para expresar el mensaje de la misericordia, la categoría preferida por los Padres es: redención; y que, en medio de un mundo que tenía que rechazar como ridículas esas afirmaciones, los Santos Padres de la Iglesia se mantienen en cuatro afirmaciones rotundas que siguen siendo tan enigmáticas para nosotros como para ellos: la Encarnación, la Crucifixión, la Resurrección y la celebración de la Eucaristía. Ellos no negocian eso. ¿Por qué la afirmación de ese Dios paradójico? Porque los extremos a los que ha llegado ese Dios no son otra cosa sino la declaración de su amor. ¿Por qué estás en el pesebre? ¿Por qué estás en la cruz? ¿Por qué estás en el sepulcro? ¿Por qué? Respuesta: porque me amas. El amor es la única explicación de toda la gesta salvadora.

## **2.2. Una referencia patrística típica: la carta a Diogneto**

Bueno, me voy a limitar a un fragmento de la carta a Diogneto. Este documento es el estilo típico, para que nos quede algo del sabor de estos predicadores antiguos al referirse al amor redentor de Dios:

Mientras Dios Padre mantenía oculto su sabio designio y lo reservaba para sí, parecía abandonarnos y olvidarse de nosotros.

Pero cuando lo reveló, por medio de su amado Hijo, y manifestó lo que había establecido desde el principio, nos dio juntamente todas las cosas: participar de sus beneficios y ver y comprender sus designios. ¿Quién de nosotros hubiera esperado tanta generosidad jamás?

Dios, que todo lo había dispuesto junto con su Hijo, permitió que hasta el tiempo anterior a la venida

del Salvador viviéramos desviados del camino recto, atraídos por los deleites y concupiscencias, y nos dejáramos arrastrar por nuestros impulsos desordenados.

No porque se complaciera en nuestros pecados, sino que los toleraba; ni es tampoco que Dios aprobara aquel tiempo de iniquidad, sino que estaba preparando el tiempo actual de justicia, a fin de que convictos en aquel tiempo, de que por nuestras propias obras éramos indignos de la vida, fuéramos hechos dignos de ella por la bondad de Dios, reconociendo así que por nosotros mismos no podíamos entrar en el reino de los Cielos, pero que esto se nos concedía como un don de Dios.

Pues cuando nuestra maldad había colmado la medida y se hizo plenamente manifiesto que por ella merecíamos el castigo y la muerte, llegó, en cambio, en tiempo establecido por Dios para manifestar su bondad y su poder. ¡Oh inmenso amor de Dios a los hombres!

Y no nos odió, ni nos rechazó, ni se vengó de nuestras ofensas, sino que nos soportó con magnanimidad y paciencia, apiadándose de nosotros y cargando Él mismo con nuestros pecados. Nos dio a su propio Hijo como precio de nuestra redención; entregó, al que es Santo, para redimir a los impíos; al Inocente, por los malos; al Justo, por los injustos; al Incorruptible, por los corruptibles; al Inmortal, por los mortales.

¿Y qué otra cosa hubiera podido encubrir nuestros pecados sino su justicia? Nosotros, que somos

impíos y malos, ¿en quién hubiéramos podido ser justificados sino únicamente en el Hijo de Dios? ¡Oh admirable intercambio, mediación incomprensible, beneficios inesperados, que la impiedad de muchos sea encubierta por un solo Justo, y que la justicia de un solo hombre justifique a tantos impíos!<sup>9</sup>

¿Cómo dan ellos a conocer que Dios es misericordioso? Dándole a recordar al ser humano quién es: “Date cuenta de que eres pecador y de que por ti no puedes. Y ahora date cuenta que, no pudiendo tú, Dios ha llegado al extremo, no sólo de salvarte, sino de salvarte entregando a su propio Hijo”; ese es el tamaño de amor de Dios. Entonces, el grito de misericordia de toda la antigüedad cristiana está inexplicablemente unido a la realidad del pecado. No hay proclamación de misericordia en aquellos siglos que no esté unida al reconocimiento, número uno, de que somos pecadores, y número dos, de que por nosotros mismos no podíamos alcanzar salvación.

### 2.3. San Agustín y el anuncio de la gracia

Agustín de Hipona es un hombre muy inteligente, con una memoria privilegiada, con una gran capacidad para la retórica y con una curiosidad insaciable en todo lo que tiene que ver con las artes, las letras, la filosofía. No es bautizado, y desde la pequeñez y humildad de su poblado de Tagaste, empieza a abrirse campo hasta llegar a desempeñar una carrera profesional exitosa como abogado y como retórico en Cartago.

Cuando se habla de retórico, creo que esa expresión es difícil de asimilar en nuestra época. Tal vez la mejor manera de conectarla con nuestro mundo es decir que los rétores, en el Imperio Romano, eran los encargados de vender las ideas y eran

---

<sup>9</sup> Véase *Carta a DIOGNETO*, 8,5 – 9,6 (autor desconocido), en <http://es.catholic.net/op/articulos/7358/discurso-a-diogneto.html> (fecha de consulta 30.11.2016).

los encargados de lo que nosotros llamaríamos hoy “márketing”. A mí me gusta decir que San Agustín era un experto en leyes y un experto en marketing, con una capacidad de persuasión muy grande.

Pero Agustín empieza a vivir un desgarramiento interior, el desgarramiento entre una mente que no se detiene en la búsqueda de lo verdadero, lo que es verdadero en sí mismo y lo que es bello en sí mismo. La verdad y la belleza son dos obsesiones de Agustín que van aumentando a medida que pasa el tiempo. Él busca con afán tanto la verdad como la belleza, pero al mismo tiempo, la sensualidad de su cuerpo y los bienes de esta tierra le atraen con mucha intensidad. Empieza a vivir el desgarramiento entre la pureza, así lo entiende él, del conocimiento, de la verdad en sí misma, y la realidad carnal, mundana, cruda en la que se revuelca su vida.

En ese desgarramiento, él se siente morir. Intenta por un tiempo militar en las filas de una secta llamada el maniqueísmo. El maniqueísmo resuelve el problema de esa división entre el ser y el deber ser, entre lo que yo de verdad soy y lo que yo de verdad debería ser; el maniqueísmo lo resuelve traduciendo esa dualidad a una dualidad ontológica: lo que sucede es que la materia es perversa, el cuerpo es malo, eso es lo que sucede. Y entonces el espíritu es bueno. El mundo entero fue hecho por dos dioses, afirma el maniqueísmo, el dios bueno es el dios del espíritu, *noûs* en griego, *mens* en latín. El dios malo es el dios de la materia, es el dios que tiene que ver con la *caro*, la carne, es el dios que tiene que ver con lo material.

Y Agustín encuentra un cierto consuelo en eso, porque le parece que el combate que él está viviendo no es sino la traducción a su historia personal de lo que el universo entero sufre por haber sido creado por dos dioses antagónicos. Así



pensaba en esa época. Entonces, Agustín, que destacaba dondequiera que entrara, muy pronto empezó a ascender en los rangos del maniqueísmo y muy pronto tuvo acceso a círculos relativamente amplios de la secta.

Es interesante ver qué fue lo que sacó Agustín del maniqueísmo. Sale del maniqueísmo básicamente desengañado, al ver que los líderes, los grandes jefes de esa secta estaban tan apegados al poder y al dinero como cualquier otro, los jefes del maniqueísmo tanto codician la plata como cualquier centurión romano o como cualquier gobernador del Imperio. Cuando Agustín se da cuenta que pelean por el poder igual que cualquier disputa de los abogados en los tribunales de Cartago, entra en una profunda decepción. Se da cuenta que esta secta en realidad no resuelve el problema. Dicho de otra manera, se da cuenta que la secta es un tremendo negocio, simplemente es un negocio. Porque, claro, estos de la élite estaban predicándole a la gente: “Despójate, despójate de lo material; lo material te ensucia, y yo te voy a hacer el favor de recogerte todo eso que te ensucia. Pasen ahí, por favor, para recoger todo lo que los ensucia”. Agustín no es tonto, se da cuenta de que eso es una falacia. Se sale del maniqueísmo, y entonces tiene un encuentro absolutamente providencial con alguien de su talla. Ese alguien es el gran Arzobispo de Milán, San Ambrosio.

San Ambrosio sí era interlocutor de altura para un Agustín. Y a partir del diálogo con Ambrosio, pero a partir sobre todo de la obra que Dios ha venido haciendo en él, y los que somos creyentes afirmamos el valor de las oraciones de Mónica, pues finalmente Agustín se revienta, se desgarrar por dentro. Y entonces viene su proceso de conversión y se hace bautizar y todo aquello.

La experiencia personal de Agustín es la de un Dios que le ha tenido paciencia. Fíjate la relación tan grande entre la carta a Diogneto, que hay que situar unos doscientos años antes de Agustín, y el mismo Agustín que vive entre finales del siglo IV y comienzos del siglo V. Fíjate la continuidad que hay. La carta a Diogneto proclama la misericordia en el lenguaje de la paciencia que Dios ha tenido. Recuerda el texto cómo “Dios toleraba”, Dios no aprobaba, pero “toleraba” ese pecado, mientras preparaba la mejor manera de salvarnos. Agustín siente que eso es exactamente lo que él ha vivido, que Dios le ha tenido paciencia. Y esa experiencia de la paciencia de Dios, y de la providencia de Dios, y de la humildad del silencio de Dios, es la experiencia fortísima de la misericordia. Pero en Agustín no vamos a encontrar con tanta abundancia la palabra misericordia, como otra palabra: gracia. Es la palabra gracia, esa es la que aparece.

Agustín se da cuenta de que de verdad Dios nos ama de un modo incomprensible y que ese amor incomprensible se manifiesta en esas dos palabras que he dicho: paciencia y providencia. Cómo Dios ha preparado todo, cómo Dios le ha tendido una celada, “hasta que al fin te tengo, Agustín; hasta que al fin te atrapé”. Cuando llega el momento en el que este hombre abre su Biblia, esa Biblia le dispara un misil al pecho, ¿no?: “Nada más de orgías y borracheras” (Rm13,13). Y Agustín, que llevaba en parte esa vida, pues se ve golpeado inmediatamente, y ese fue el toque que le faltaba para dar su paso. ¿Qué es lo que él proclama? En *Las Confesiones* dice: “¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!”<sup>10</sup>. Lo hermoso de ese pasaje es que, afirmando a Dios

---

<sup>10</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, X, 27, 38, en <http://www.diocesisdecanarias.es/pdf/confesionessanagustin.pdf> (fecha de consulta 30.11.2016).

como su Salvador, también afirma la bondad de todo lo que Dios ha hecho.

Es decir, el Agustín que se siente redimido es también un Agustín liberado del maniqueísmo. Digo esto porque algunos autores que conocí y profesores –a mí me pasó en mi propia formación–, nos infundían una especie de temor hacia Agustín: “No, es que San Agustín está como untado de dualismos y de maniqueísmo, mejor no se metas con Agustín”. Nos hicieron mucho daño. Yo he tratado luego de parar eso, pero nos hicieron mucho daño, porque de verdad este señor es un gigante, y desde su testimonio está afirmando el tamaño de ese amor.

Por la misma época de Agustín, aparece sin embargo un monje británico llamado Pelagio. Pelagio es un hombre alto, es un hombre fuerte y es un hombre con una voluntad de hierro; es un hombre sano, físicamente, emocionalmente, muy equilibrado, diría uno, un poco estricto, pero es una persona sana. Y Pelagio empieza a enseñar una serie de cosas extrañas que le encienden las alarmas a Agustín. Por ejemplo, Pelagio exalta la capacidad de la voluntad humana. Para él, lo único que se necesita para cambiar de vida es entrenamiento. “Si tú te entrenas, tú puedes adquirir el peso que quieres. Es decir, toda esa gordura que te avergüenza, puedes salir de ella. Si tú te entrenas, tú puedes dormir menos y trabajar más; si tú te entrenas, tú puedes dejar tus vicios; si tú te entrenas, tú puedes lograr la virtud”.

A partir de esta exaltación de la voluntad humana, este monje británico empieza después a decir cosas que tocan directamente los terrenos de la teología. Por ejemplo, dice Pelagio, Cristo es un ejemplo. Es decir, ¿por qué hay que mirar a Cristo? Porque Cristo es un ejemplo de que sí se puede. O sea, Cristo se entrenó. Más o menos como el tema del gimnasio, ¿no? Los monitores o los acompañantes o los entrenadores en

los gimnasios, normalmente son personas que tienen cuerpos esculpturales. Entonces ven llegar a un sujeto que se encuentra en condiciones como algunos de nosotros aquí, y entonces nosotros los miramos también a ellos, ¿y el entrenador qué es? El entrenador es un lenguaje de: “Sí se puede”.

La propaganda funciona así siempre: nos presentan a una persona esbelta, hermosa, y nos dicen: “Mire, éste se tomó el remedio, se untó la pomada, hizo la dieta y fue al gimnasio y mire como quedó”. Para Pelagio, la vida cristiana es un gimnasio, Cristo es el entrenador, y no es necesario el bautismo. ¿Sabe lo que es el bautismo para Pelagio? El bautismo es –hágase cuenta– como ese sello que usted se pone, como ese sello de pertenencia. Así como cuando usted va a su Universidad Católica, le gusta ponerse prendas que dicen: “Soy de la Universidad Católica”. Así veía Pelagio el bautismo. El bautismo, ¿qué es? El bautismo es el sello que nos ponemos para reconocernos: “Usted está bautizada, yo estoy bautizado, somos de los mismos”. Pero el bautismo no añade nada, es decir, el bautismo es una declaración extrínseca de una obra que finalmente depende del entrenamiento de cada uno.

Acabamos de resumir lo que fue el encuentro de Agustín con la gracia divina. Inmediatamente Agustín siente que esa doctrina está negándolo todo; está negando, sobre todo, la gratuidad del amor de Dios que se abaja al ser humano, precisamente porque el ser humano no podía hacerlo. Fíjate lo que dice la carta a Diogneto: “Nosotros, que somos impíos y malos, ¿en quién hubiéramos podido ser justificados?”<sup>11</sup>. Es parte de la afirmación cristiana, una especie de pesimismo antropológico bien entendido. El pesimismo antropológico que aparece también en la carta a los Romanos, en el sentido de declarar que

---

<sup>11</sup> Véase *Carta a DIOGNETO*, 9,4, en <http://es.catholic.net/op/articulos/7358/discurso-a-diogneto.html> (fecha de consulta 30.11.2016).

el ser humano, por sus propias fuerzas, no puede salvarse. Pero Pelagio estaba diciendo que sí; Pelagio decía que sí se podía salvar por sus propias fuerzas el ser humano. Entonces, Agustín empieza a escribir sobre este tema y a declarar y a defender la primacía del amor de Dios, la soberanía de la obra de Dios, la majestad y la ternura de ese Dios que lo ha hecho todo por nosotros, que no lo merecíamos, nosotros que no lo hubiéramos podido alcanzar. Precisamente esa es la grandeza del sacrificio de Cristo.

Fíjate que Pelagio se encuentra exactamente en el cruce de caminos de dos cosas que son muy perversas y que se van a repetir varias veces en la historia de la Iglesia. Una, el antropocentrismo que termina siendo idolatría del ser humano: “Yo lo puedo, yo lo logro, espere que me lo proponga bien. Si yo me concentro, si yo me mentalizo, si yo me programo, programación neurolingüística, si yo me programo, si yo me concentro, si yo repito muchas veces, yo lo puedo lograr”. Entonces hay un antropocentrismo. Pero por otro lado, el pelagianismo también se cruza con otro camino, y es con el gnosticismo. Porque en el gnosticismo lo que interesa no es la carne de Cristo, ni el sacrificio de Cristo, ni la sangre de Cristo; en el gnosticismo lo que interesa son lo que hoy llamamos comúnmente los “tips”, es decir, las enseñanzas, las recetas, las sugerencias.

¿Quién es Jesucristo en el modelo pelagiano? Jesucristo es un Maestro que enseña cosas interesantes. Ese Maestro hubiera podido morir de un resfriado, de una pulmonía, hubiera podido morir ahogado, hubiera podido morir en un accidente o hubiera podido morir en la cruz. La muerte de Cristo es irrelevante para Pelagio, como es irrelevante también para el gnosticismo.

Fíjate en doble veneno que tiene el pelagianismo. Esto lo ve con mucha claridad Agustín. Tiene el veneno del antropocentrismo que va a resurgir muchas veces; también en nuestros días, el antropocentrismo que declara al ser humano o a las actividades humanas como capaces de darle plena redención al ser humano mismo. Y segundo, el gnosticismo que traduce a Cristo en un maestro más, uno entre muchos maestros, que tiene la característica de que nos ha dado indicaciones útiles. Si esas indicaciones útiles las puedo encontrar, por ejemplo, en Gautama Buda, pues realmente no necesito de Cristo; si esas indicaciones útiles las puedo encontrar en mi propia reflexión personal, entonces yo me redimo, yo solito en mi pieza me redimo; me voy a redimir yo solo, me entro a mi pieza, y yo me redimí. Ese es el antropocentrismo y el gnosticismo.

Es bien interesante este episodio, toda esta historia de Agustín y el pelagianismo. Es la primera vez que la Iglesia entra en lucha, a gran escala, para defender ¿sabe qué? La misericordia. En el fondo, si usted lo examina, lo que estaba defendiendo Agustín ¿qué era? Que nuestro Dios no es simplemente un maestro, que ahí les dejo estas enseñanzas, sino Uno que se ha implicado hasta recibir llagas en su cuerpo, y hasta derramar hasta la última gota de su sangre.

#### **2.4. Santo Tomás y el mensaje de la *Lex nova***

¿Qué nos deja Santo Tomás, así llamado doctor común de la Teología, como elemento peculiar dentro del conjunto de la enseñanza sobre la misericordia? Para Santo Tomás, lo mismo que para San Agustín, el lenguaje de la misericordia es el mismo lenguaje de la gracia. Esto hay que advertirlo, porque si tú te vas a una concordancia, que las hay muy buenas, incluso electrónica, sobre las obras de Santo Tomás, de nuevo

te encuentras lo que hemos dicho: que la palabra misericordia no es la más abundante. Pero es que estos autores sí hablan de la realidad, así no utilicen exactamente la misma palabra.

Santo Tomás por supuesto habla de misericordia; la describe como atributo propiamente divino y como identificador de Dios. Porque la misericordia supone el amor asimétrico, el amor de Aquel que no ama ni porque tiene necesidad ni porque entra en transacción. Así que la misericordia es atributo divino, y es uno de los nombres más bellos de Dios, afirma Santo Tomás. Pero, donde desarrolla, desde el punto de vista teológico, más la obra de la misericordia, es en el estudio de la gracia, al final de la *prima secundae* en la *Suma Teológica*, también en otros lugares, pero sobre todo ahí. Es interesante ver que habla de las influencias eternas al acto humano. Toda la *prima secundae* tiene que ver con una teoría general sobre los actos humanos, empezando por la bienaventuranza como meta irrenunciable de los actos humanos. Luego habla de las pasiones, de los hábitos, lo que es la virtud en general, lo que es el vicio en general. Y luego tiene que analizar cuáles son las influencias externas sobre el acto humano.

Y las influencias externas sobre el acto humano son tres, de acuerdo con Santo Tomás. Por una parte, una influencia negativa, que es la perversión que puede producir el demonio o los demonios, tema del cual él ha hecho referencia en la primera parte de su *Suma Teológica*. La segunda influencia externa es la Ley; y la tercera, la gracia. Y para Santo Tomás la gracia es la Ley Nueva, *Lex nova*. Para este gran Doctor de la Iglesia, hay tres influencias externas que llegan a nosotros y que realmente repercuten en nosotros. Porque recuerdas que en el Evangelio Cristo dice: “No es lo que viene de fuera lo que le hace daño al hombre, sino es lo que sale de dentro” (Mt 15,11). Es toda una

pregunta teológica si de verdad no hay nada que venga de fuera que pueda cambiarnos.

La respuesta es que si aquello que viene de fuera, sí afecta nuestro corazón, ciertamente nos cambia. Y para Tomás, eso tiene que ver con la acción de los Ángeles, tanto buenos como malos; eso tiene que ver con la Ley y tiene que ver con la Ley Nueva, que es la gracia. Para Santo Tomás, la Ley no es una enemiga ni de la gracia ni de la misericordia. Este punto es bien interesante, porque a veces se quieren presentar las cosas como si la Ley fuera enemiga de la misericordia. Y resulta que para Tomás, la Ley es la primera de las expresiones de la compasión divina porque es el despertar de la conciencia. Sin el despertar de la Ley, no sabríamos ni siquiera qué es bueno ni qué es malo, no podríamos identificar cómo hacer coincidir nuestro impulso natural hacia lo bueno con las circunstancias específicas de vida que cada uno tiene.

Por eso me parece que es una gran novedad esto de Tomás. No hay una oposición entre la Ley y la gracia, sino que, por una parte, la Ley antigua es preparación para la gracia; y por otra parte, la Ley antigua es acción de la providencia que despierta la conciencia y permite reconocer qué es lo bueno y qué es lo malo. Para llegar a ese punto, Tomás hace todo un estudio de la Ley antigua, diferenciando lo que eran las leyes puramente rituales, lo que eran las leyes puramente pedagógicas, de lo que son principios morales permanentes. Y por eso, descubre en la Ley una expresión de la ternura de Dios y de la bondad de Dios.

Declarar que la Ley es obra de la providencia divina, y declarar que, por lo tanto, es ya una expresión de su amor misericordioso, no quiere decir que la Ley sea suficiente. ¿Qué es lo que le falta a la Ley? La Ley carece de la capacidad de mover, la Ley es pura declaración. La Ley me puede decir:



“Mire, esto es buenísimo, esto es malísimo”, pero la Ley no tiene la capacidad de impulsarme. ¿Qué es lo que trae la Ley Nueva? La Ley Nueva lo que trae es la moción interior.

Muchos siglos después, en esa famosa controversia llamada *De auxiliis*, entre los sucesores de Santo Tomás y algunos sucesores de un jesuita de apellido Molina, los herederos de la enseñanza de Santo Tomás hablaban de la premoción física, término muy técnico, muy elaborado en la teología de aquel tiempo, para describir el hecho de que, antes del movimiento de la voluntad, la naturaleza misma, la *physis*, la naturaleza misma del ser es transformado por la acción de la gracia. La acción de la gracia toca la raíz misma de mi ser y la empuja a esa raíz en la dirección del mismo bien que la Ley me había declarado. Esa es la manera como Tomás describe, pues muy resumidamente, la obra de la gracia.

¿Y quién es el que hace esa obra de la gracia? El Espíritu Santo. Tomás describe al Espíritu Santo como la gracia que no ha sido creada, y describe la acción del Espíritu Santo en nosotros como la gracia que ha sido creada. Gracia Increada es otro nombre para el Espíritu Santo. Gracia Creada es la acción del Espíritu cuando nos mueve, desde la raíz misma de nuestro ser, para que aquello que reconoce nuestra racionalidad como bueno sea también lo que hacen nuestras obras. Ese es el empuje, ese es el movimiento, o como llamaron después los tomistas, la premoción física que nos pone en la ruta del bien.

Una segunda novedad que esto tiene es que nos damos cuenta que, en Tomás, la premoción física o la acción de la gracia, esta acción de la ternura de Dios en nosotros, ya no está forzosamente ligada al tema del pecado. Dijimos que en los Padres de la Iglesia, toda la historia, toda la narrativa de la misericordia estaba vinculada con el hecho del pecado. Podemos decir que Tomás lleva el tratado de la gracia y de la

misericordia a otro nivel, mostrando que la acción última de la misericordia no es solamente sacarnos de lo malo sino ponernos resueltamente en la ruta del bien.

No es solamente, diríamos así con un poquito de imagen, sacarnos del infierno, sino ponernos genuinamente en la ruta de la bienaventuranza eterna, llevarnos por el camino de la santidad. Cada santo es misericordia divina caminando. El hecho de que una persona pueda avanzar en la virtud es también misericordia; el hecho de que una persona pueda permanecer en fidelidad es también misericordia; el hecho de que una persona resista la tentación es también misericordia. De modo que con esta teología de la Ley Nueva, realmente Tomás ensancha el lenguaje de la misericordia, hasta llegar a un punto en el que se confunde con el plan entero de la salvación.

La Doctora de la Iglesia, Catalina de Siena, describe con palabras semejantes lo que hemos dicho. En una de sus visiones, dice: “No puedo dirigir mi mirada a ninguna parte” –y ella incluye ahí incluso el infierno–, “sin encontrar que en todo has dejado la huella de tu misericordia”<sup>12</sup>. Así se expresó Catalina en el siglo XIV; Tomás, en el siglo XIII.

A esto se llegó con Agustín y con Tomás. Agustín, la declaración, podríamos decir, eficaz del poder de la gracia; y Tomás, la descripción de la obra de la gracia, no sólo rescatándonos del pecado y del mal, sino llevándonos por la ruta del bien, hasta el punto de que toda obra buena, que llegamos a hacer con valor sobrenatural, es obra de la misericordia divina. A mí me impacta eso. Ya no me puedo detener ahí. Les invito a leer a Santa Teresa del Niño Jesús, otra Doctora de la Iglesia. Sus descripciones sobre la misericordia tienen una profundidad y un alcance muy semejantes a lo que acabamos de decir

---

<sup>12</sup> CATALINA DE SIENA, “Himno a la misericordia”, en *El diálogo*, II, 2, en <https://www.ebookscatolicos.com/descargas/descargar-pdf-el-dialogo-santa-catalina-de-siena/> (fecha de consulta 30.11.2016).

de Santo Tomás. Eso llama muchísimo la atención, porque evidentemente esta joven carmelita no había tenido tiempo de hacer todo ese recorrido por la *prima secundae*.

## 2.5. La antropología teológica entre la Modernidad y la Postmodernidad

¿Qué vino a pasar en la época que llamamos de la Modernidad y de la Postmodernidad? El Papa Francisco nos ha advertido varias veces sobre una de las peores plagas de nuestro tiempo: la indiferencia, y sobre cómo nuestro mundo se ha convertido como en una especie de archipiélago de solitarios. En *Evangelii Gaudium*<sup>13</sup> tiene unas dos o tres descripciones absolutamente preciosas sobre lo que sucede cuando cada ser humano se encierra, y cómo en esa cerrazón y en ese individualismo viene una tristeza “aburrída”, un fastidio de sí mismo (cf. EG 2; 83; 275).

El indiferentismo es la gran plaga de nuestro tiempo. Debemos preguntarnos cuáles son las raíces de ese indiferentismo. Parece que una de esas raíces es la exacerbación de la propia conciencia. Recordemos que cuando va a ser interrogado por la parte católica –yo sé que el tema es polémico–, Martín Lutero dice: “Yo solo escucharé argumentos de la Biblia y de mi conciencia”. El protestantismo lleva en sí una semilla realmente muy fuerte de subjetivismo, porque es yo, lo que yo entienda, lo que yo crea, lo que yo haya visto.

Otra raíz es el anticristianismo, que se presenta particularmente en el siglo XVIII, o se va gestando, pues, en el siglo XVIII, sobre todo en Francia. Ese anticristianismo quiere

---

<sup>13</sup> Cf. FRANCISCO, “Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*” (24.11.2013), en [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20131124\\_evangelii-gaudium.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html) (fecha de consulta 30.11.2016).

abrirle espacio a una nueva clase social que no cabía. En Francia llamaban a las clases sociales los estados. Los “tres estados” se referían a la nobleza, que era hereditaria; la clerecía o el clero, monjes y obispados y todas estas cosas; y el resto, el pueblo llano. Entonces, los comerciantes, los intelectuales, sobre todo, se sienten desclasados y descalificados. Encuentran que no hay camino para acceder realmente a los rangos de poder dentro de esa sociedad. No hay manera de llegar allá, porque el poder ya está acaparado por la nobleza y por el clero.

A partir del siglo XVIII se va gestando todo un movimiento, que luego lo vamos a conocer como Ilustración. Y que básicamente lo que hace es utilizar a la razón como una punta de ariete que ataca a la fe. Tal vez el autor más conocido de esa lucha anticatólica, anticristiana es el famoso Voltaire. Y Voltaire tiene una lengua sumamente hábil para ridiculizar la liturgia, para ridiculizar el clero, para ridiculizar los privilegios de la Iglesia, a la que él llama continuamente “la infame”; la infame es la Iglesia. Hay que entender que esas declaraciones se inscriben dentro del contexto de esta lucha política que vivía Francia y que se empezó a gestar no en el XVIII sino incluso a finales del XVII.

Lo importante es el subjetivismo de la Reforma protestante y el racionalismo propio de la Ilustración, convertida en consigna contra la fe. Esos dos se van a unir: subjetivismos y racionalismo. Y esto va a producir una especie de reencarnación del pelagianismo. Si por algo se va a caracterizar ese tiempo que se llama Modernidad, que surge, por supuesto, con una multitud de causas, pues es un fenómeno muy complejo, es por un optimismo antropocéntrico y racionalista. Tenemos cabeza, tenemos capacidad racional; de nuestra cabeza y de nuestras razones y de nuestras manos ha surgido una revolución industrial; tenemos la capacidad de dominar la naturaleza y ponerla al

servicio nuestro; por consiguiente, podemos mejorar de manera continua e ilimitada a la sociedad. Ese es el optimismo propio de la Modernidad, condensado y quizás un poco caricaturizado.

La ciencia, expresión, diríamos, señera de este racionalismo, va a ocupar el lugar de todos los profetas, de todos los santos y de todos los doctores. La arrogancia del cientificismo se nota bien en las declaraciones de Augusto Comte, cuando escribía en 1851: “No dudo de que antes de 1860, predicaré el positivismo en Notre-Dame”<sup>14</sup>. Es decir, él siente que al cristianismo le quedan días contados. Dicho sea entre paréntesis, ninguna religión la han enterrado tantas veces como la nuestra. Cada rato surge alguno que dice: “Esto ya se va a acabar, ya no van a quedar cristianos”.

Es necesario entender esto para comprender lo que he llamado las raíces del indiferentismo. Nosotros mismos somos resultado en buena parte de eso. A medida que nos volvemos más subjetivistas y a medida que nos volvemos no más racionales sino más racionalistas, nos volvemos más indiferentes a las dos realidades que el Papa Juan Pablo II veía profundamente ligadas, como lo vieron los Padres de la Iglesia, es decir, el pecado y la gracia.

A medida que el racionalismo se convierte en una especie de religión sin fronteras, y a medida que el subjetivismo cautiva más y más adeptos, resulta casi imposible utilizar la palabra pecado. De hecho, muchos sacerdotes, no sé si hemos caído en esa trampa: evitar a toda costa mencionar la palabra pecado. Porque la palabra pecado es una palabra que va directamente en contra del subjetivismo y del racionalismo, efectivamente. Si alguien me puede decir que estoy en pecado, quiere decir que

---

<sup>14</sup> Augusto COMTE, citado por Roger VERNEAUX, “Historia de la filosofía contemporánea”, en <http://www.olimon.org/uan/verneaux-3.pdf> (fecha de consulta 30.11.2016).

yo no soy el tribunal último de mi propia causa. Y si alguien me puede decir que estoy en pecado, quiere decir que todas mis justificaciones, todas mis razones y todo lo que yo pretendo decir de mí mismo no es suficiente.

Yo creo que nosotros, cristianos, hemos caído un poco en esa trampa. A medida que vamos retrocediendo en el lenguaje sobre el pecado, –recordemos la importancia que tenía para los Padres de la Iglesia–, vamos perdiendo la capacidad de anunciar la gracia. Lo dice muy claramente Juan Pablo II en *Reconciliatio et Paenitentia*<sup>15</sup>.

Por eso tenemos un gran desafío en nuestro tiempo. Por supuesto que el desafío es anunciar un Dios misericordioso, pero ese Dios misericordioso no le dirá nada al que no conoce la realidad del pecado. Por una razón muy sencilla. Si por enfermedad o porque acabo de almorzar tengo esa panza que no le cabe un café, y en ese momento me presenta, qué sé yo, un pavo relleno o un postre muy fino, eso no me apetece. De nada sirve la elegancia o el sabor delicioso del banquete para el que no tiene hambre. Y no hay manera de redescubrir el hambre sin redescubrir nuestra condición de indigentes pecadores.

Si Dios lo permite, por eso, olvidar el lenguaje de la denuncia del pecado, es hacer inútil el Año de la Misericordia. Porque el que no tiene cómo reconocer la realidad del pecado, a lo sumo lo que puede reconocer es que tiene necesidades, llamémoslas, de promoción humana: de alimento, de vivienda, cosas parecidas. Pero eso también lo puede dar el Gobierno, sea de derechas, de izquierdas, de centro, de arriba o de abajo.

---

<sup>15</sup> Cf. JUAN PABLO II, “Exhortación Apostólica Post-sinodal *Reconciliatio et Paenitentia*” (02.12.1984), en [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost\\_exhortations/documents/hf\\_jp-ii\\_exh\\_02121984\\_reconciliatio-et-paenitentia.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_02121984_reconciliatio-et-paenitentia.html) (fecha de consulta 30.11.2016).

Así que el anuncio del Año de la Misericordia, sin traumatismos, no llama a una posición de condena, ni a una posición terrorista. El lenguaje de la misericordia tendrá calado y tendrá eficacia si va unido a una claridad de conciencia sobre dónde está el bien y cuántas veces hemos faltado a la grandeza de nuestra propia vocación.

### **3. La misericordia como camino pastoral de la Iglesia**

En la primera parte hemos visto cómo, en la Palabra de Dios, brilla con abundancia la compasión como única explicación posible de toda la historia de la salvación. La iniciativa es del Señor, y su presencia en la historia humana, su irrupción en nuestra historia sólo tiene una explicación, que es la misericordia. También vimos que esa presencia divina se hace plena, se hace perfecta en nuestro Señor Jesucristo, a quien San Pablo llama “imagen visible del Dios invisible” (véase Col 1,15).

En un segundo momento, hemos comentado algunos instantes, algunas imágenes de la historia del pensamiento cristiano, partiendo de los Padres de la Iglesia, que nos han dejado algunas enseñanzas fundamentales, especialmente cómo la misericordia resulta patente cuando la conectamos con el perdón. Para ellos, la expresión máxima de la misericordia está en que la indignidad del hombre, indigente y pecador, no fue obstáculo sino más bien motivo para que Dios derramara su amor abundantísimo sobre nosotros.

Es el momento de preguntarnos qué trae esto a la Iglesia, qué significa para nosotros. El Papa Francisco, en la bula de

promulgación del Año de la Misericordia<sup>16</sup>, prácticamente nos deja con dos objetivos que son preciosos. Primero, que experimentemos misericordia; pero segundo, que como lo dice el lema de todo el Año de la Misericordia, podamos también nosotros ser misericordiosos. A ese objetivo dedicamos especialmente esta reflexión.

Primero, haremos una mención a lo que llamamos la ruta del Concilio Vaticano II; en segundo lugar, damos un tiempo de atención al Papa Juan Pablo II, que durante su pontificado, ciertamente extenso, habló con bastante abundancia sobre la misericordia. Algunas corrientes en la Iglesia tratan de presentar un contraste entre el Papa Francisco y el Papa Benedicto XVI, o entre Francisco y Juan Pablo II. En la preparación de este tema, me he llevado gratísima sorpresa al ver cómo, casi palabra por palabra, las expresiones que nos está regalando el Papa Francisco aparecen en el magisterio ordinario de Juan Pablo II de muchas maneras.

Así que creo que esta continuidad es muy saludable, para que no dejemos de enriquecernos con lo que han dicho los predecesores, ni dejemos de cautivarnos con lo que nos dice el actual sucesor de Pedro. Por eso, esa segunda sección sobre el Papa Juan Pablo II. Y aunque el Papa Benedicto XVI, en su breve pontificado, también nos habló de misericordia, es conveniente que pasemos directamente a algunas declaraciones del Papa Francisco, como consignas que deben quedarnos en nuestra condición de bautizados.

---

<sup>16</sup> Cf. FRANCISCO, "Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia *Misericordiae Vultus*" (11.04.2015), en [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_letters/documents/papa-francesco\\_bolla\\_20150411\\_misericordiae-vultus.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html) (fecha de consulta 15.04.2016).



### **3.1. La ruta del Concilio Vaticano II**

El once de octubre de 1962 fue la inauguración del Concilio Vaticano II con una Eucaristía. La homilía del Papa Juan XXIII quiere expresar los objetivos del Concilio. ¿Cómo hay que entender esta homilía y, por consiguiente, asomarnos a lo que Juan XIII tenía en su corazón y en su mente al abrir las sesiones del Vaticano II?

#### **3.1.1. La Modernidad y la Postmodernidad**

Hemos visto que la Modernidad y la Postmodernidad han supuesto el eclipse de la misericordia en un cierto sentido. Porque el racionalismo, más presente en la Modernidad, y el subjetivismo, más presente en la Postmodernidad, nos encierran en nosotros mismos como individuos y en nuestras capacidades y fuerzas humanas solamente. Ese optimismo propio de la Modernidad conduce a una especie de arrogancia, una especie de fe secular, que considera que siempre seremos capaces de mejorar las cosas, hacerlas más eficientes, más baratas, más placenteras, más eficaces. El sueño de la Modernidad se estrelló, entre otras cosas, con dos grandes guerras mundiales. El absurdo de tantas muertes y de tantísimo dolor es como un signo de interrogación frente a ese optimismo propio de la Modernidad. Pero la respuesta frente a ese dolor no fue un retorno masivo a la misericordia divina, sino más bien un encerrarse melancólico en el propio dolor.

Es lo que encontramos en un largo período de desarrollo del existencialismo. Me refiero sobre todo al existencialismo ateo. Autores como Albert Camus o Jean-Paul Sartre y otros presentan un panorama desolador, y lo único que se levanta en medio de esas ruinas, —que eran literalmente las ruinas de Europa—, es el hecho de que cada persona tiene que construir

su propia esencia. El lema filosófico de Sartre caló muchísimo en aquellas generaciones en los años sesenta y setenta, –incluso desde antes–, y ese lema es que la existencia precede a la esencia. Lo que entiende Sartre con estas palabras es que cada persona no parte de un abstracto llamado naturaleza humana, sino que cada persona, con las decisiones de su existencia, va construyendo su propio ser, es decir, su esencia.

Ese mensaje, que tiene un cierto aroma de libertad, resultó muy cautivador no sólo en la Francia nativa de Sartre sino en muchos otros lugares. Pero podemos decir que ese mensaje es la carta de nacimiento del llamado pensamiento débil del que habla, por ejemplo, Vattimo y otros. Ese pensamiento débil, que finalmente conduce a un subjetivismo y a un relativismo, ha sido denunciado años después por el Papa Benedicto XVI. De esa manera, lo que Habermas considera como Modernidad tardía y que la mayor parte de nosotros llamamos Postmodernidad, no es tampoco un retorno a la misericordia, sino más bien es un retorno entristecido, egoísta sobre el propio corazón y sobre la decisión de que yo haré con mi vida lo que a mí me parezca. Y con esa lógica se echa a andar eso que llamamos Postmodernidad.

La conclusión de esta sucesión entre racionalismo y subjetivismo es que del racionalismo hay una desconfianza “raizal”, profunda, en contra del mensaje de la fe, y del subjetivismo hay una desconfianza radical frente a todo lo que sea ley y todo lo que sea norma, todo lo que venga de fuera. De modo que entre el racionalismo exacerbado y el subjetivismo exaltado, resulta que la Iglesia es la entidad más antipática del planeta, porque sus dogmas resultan inaceptables para la mente racionalista, y su moral resulta antipática para la mente postmodernista, para la mente relativista y subjetivista. Se

consume de esa manera una especie de cisma total entre la civilización occidental en su conjunto y el mensaje cristiano.

La respuesta que tradicionalmente había dado la Iglesia frente a esta clase de ruptura es la que encontramos en las declaraciones de un Papa Pío IX, de un Papa León XIII o de un Papa Pío X. Básicamente, lo que quisieron estos pontífices fue dar una gran claridad, –es, yo diría, muy representativo el *Syllabus* de Pío IX–, presentar una lista: “Esto es lo que no puede ser, esto es lo que no debe ser”. Era su manera de tratar de proteger el rebaño, era su manera de tratar de mantener la claridad. Pero en la práctica eso tenía una connotación pastoral muy compleja, muy dolorosa, porque todas esas declaraciones casi en términos de anatema, –y a veces expresamente como anatema–, aunque le daban cierta claridad al cristiano, declaraban de tal modo opuesto al que no era cristiano, al que estaba en las filas del llamado librepensamiento, o del liberalismo, o de ese tipo de corrientes, quedaban tan completamente afuera que sólo podía exacerbarse su opinión en contra de la Iglesia.

### 3.1.2. San Juan XXIII

Es esa ruptura dolorosa la que encuentra Juan XXIII. Su inmediato predecesor, el Papa Pío XII, ha tratado de tender un puente con un estilo muy diferente. Pío XII, un hombre de una cultura vastísima y con una inteligencia privilegiada, a través de numerosas declaraciones, discursos, sermones, a través del uso de los medios de comunicación, sobre todo de la radio en aquella época, intenta mostrar que la Iglesia tiene toda la capacidad de entender lo que después llamaría la Constitución *Gaudium et Spes*<sup>17</sup> “los gozos y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo” (GS 1). La voz

---

<sup>17</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, “Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*” (07.12.1965), BAC, Madrid 1978, 465-475.

del Papa Pío XII, hablando literalmente de decenas de tópicos, quería ser como un puente tendido entre la realidad eclesial y esa sociedad que ya he descrito, pasando del racionalismo al subjetivismo.

Juan XXIII ha tenido un recorrido muy distinto al de Eugenio Pacelli, el Papa Pío XII. Juan XXIII, podemos decir, utilizando y anticipando las expresiones del Papa Francisco, lo que ha conocido son las periferias, de muchas maneras. Fue capellán en la Primera Guerra Mundial. Ha prestado servicios diplomáticos del Vaticano, más allá de la cortina de hierro, por ejemplo, en Bulgaria. Es decir, Juan XXIII tiene una experiencia de la Iglesia desde las periferias. Considera, ante todo, el dolor inmenso de ver ese mundo que sufre, por ejemplo, que sufre por la guerra; ese mundo que se desgarrar en medio de la desesperación; ese mundo en el que se predica abiertamente la nobleza del suicidio, como lo hace Sartre. Juan XXIII siente que el corazón se le muere por dentro, porque él sabe que en Jesucristo, en el Evangelio, está exactamente el mensaje de reconciliación, el mensaje de esperanza, el mensaje de alegría para ese mundo. Entonces, propone dos cosas casi al inicio de su breve pontificado: propone un sínodo para la ciudad de Roma y propone un concilio para toda la Iglesia.

Es interesante leer datos sobre la gestación del Concilio Vaticano II y darse cuenta cómo Juan XXIII se siente en perfecta continuidad con todos los esfuerzos que se habían hecho antes. Es decir, se siente en plena continuidad con Pío XII, con Pío X, con León XIII, que también ha tendido una mano, a su manera, con *Rerum Novarum*<sup>18</sup> y con todo este comienzo de la llamada hoy Doctrina Social de la Iglesia, y con Pío IX. El Papa Juan

---

<sup>18</sup> Cf. LEÓN XIII, “Encíclica *Rerum Novarum*” (05.05.1891), en [http://w2.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf\\_l-xiii\\_enc\\_15051891\\_rerum-novarum.html](http://w2.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum.html) (fecha de consulta 01.12.2016).

XXIII no se siente ningún revolucionario. Es un apasionado de la liturgia, la liturgia tradicional; es un enamorado de la lengua latina. Es uno de los pocos papas que ha escrito expresamente un documento sobre las bondades del latín. En ese sentido es lo que podríamos llamar un hombre de tradición. No es justo llamarlo un tradicionalista, porque ya eso tiene otra connotación, pero es un hombre de tradición.

Y desde ahí su dolor es: el mensaje del Evangelio no está llegando a sus destinatarios. Es como tener en tu casa el antídoto contra el veneno de serpiente, el antiofídico. Tener en tu casa cajas y cajas de este antídoto y ver a la gente morir en las calles mordidos de serpiente y sentir la rebeldía en tu corazón porque tú dices: “¡Pero si yo tengo todo en mi casa!”. Ese es Juan XXIII y esa es la manera como él ve el Vaticano II, y eso es lo que él presente. Él deja claro: “No se trata de cambiar nada en la doctrina, tenemos que sentarnos juntos. Llámenme a los obispos de todo el mundo”<sup>19</sup>. Él habla como un enamorado, como un profeta. Alguien dirá, como un iluso. “Llamen a los obispos de todo el mundo y vamos a conversar qué es lo que hay que hacer para repartir el antiofídico, qué hay que hacer para que la gente no siga muriendo en las calles”; ese es el propósito.

Ustedes se dan cuenta que el lenguaje de Juan XXIII es el lenguaje de la misericordia. Es decir, el Concilio Vaticano II fue convocado como un acto de misericordia, nació del corazón compasivo de un hombre que ha sido llamado “el Papa Bueno”, y no sin razón, por ese dolor. Un Papa incomprendido. La intención suya, la veo tan cristalina, tan pura como la de un niño. Él llama a los obispos del mundo como un niño llama a

---

<sup>19</sup> Véase JUAN XXIII, “Discurso en la solemne apertura del Concilio Vaticano II” (11.10.1962), en [https://w2.vatican.va/content/john-xxiii/es/speeches/1962/documents/hf\\_j-xxiii\\_spe\\_19621011\\_opening-council.html](https://w2.vatican.va/content/john-xxiii/es/speeches/1962/documents/hf_j-xxiii_spe_19621011_opening-council.html) (fecha de consulta 30.11.2016).

los amigos de la cuadra: “Vengan aquí y conversemos, a ver qué hacemos. La gente está muriendo. ¿Cómo podemos expresar estos tesoros para que la gente reciba el bien de Dios?”

Fue atacado duramente, fue calumniado, fue despreciado, hubo lágrimas de monseñores, de ilustres obispos; hubo lágrimas en París, a donde había prestado servicio de Nuncio; hubo lágrimas de dolor y de confusión cuando se anunció y que Ángelo Giuseppe Roncalli había sido elegido Juan XXIII. Aquellos monseñores se agarraban la cabeza: “¿Hasta dónde vamos a llegar? ¿Ahora qué va a pasar en la Iglesia?” Pero el sufrimiento de Juan XXIII no termina con su muerte, por decirlo de alguna manera, porque luego su figura ha sido secuestrada, su figura ha sido traicionada de muchos modos.

Pienso que la intención pura de la compasión de Juan XXIII hay que recuperarla. Lo último que este hombre quería era transformar la Iglesia en algo distinto de lo que habían querido sus predecesores, y creo que el elocuente testimonio de como él se expresa de la teología clásica y del latín, indica muy bien sus intenciones. El Vaticano II, pues, surge de un acto de misericordia, de un acto de compasión: ¿qué hacemos para que la verdad del Evangelio llegue a muchos?

### **3.1.3. Desde América Latina**

Celebrado el Vaticano II, viene en 1968 la reunión de los obispos de América Latina, en Medellín (Colombia). La II Conferencia General del Episcopado se va a plantear una pregunta semejante a la que había hecho Juan XXIII: “¿Qué hacemos para que el Evangelio llegue a sus destinatarios?”. Esa es la pregunta que se hacen también los obispos de América Latina; después se dirá América Latina y el Caribe, a partir de la conferencia de Santo Domingo en 1992. Pero, primero

en Medellín, en 1968, luego en Puebla, en 1979, la pregunta que está en los señores obispos es: “¿Qué hacemos para que el Evangelio llegue?”

Y lo que perciben muy pronto es que las dificultades – aunque tienen algún parecido–, también son diversas. Una vez me lo decía un profesor dominico español: “En la Europa de aquel tiempo el problema era el sentido de la vida; en muchos lugares de América Latina el problema sigue siendo la vida misma, es decir, la gente está muriendo”.

En Medellín aparece por primera vez, así como de bulto, el gran obstáculo para que el Evangelio llegue: ¿qué credibilidad puede tener el Evangelio si un continente nominalmente católico está repleto de injusticia? Fíjate cómo la misericordia llevó a la justicia. El grito del Vaticano II es un grito por la misericordia. Y resulta que lo que aparece en las Conferencias Episcopales, tanto en Medellín como en Puebla, es un grito por la justicia. Porque hay claridad en el sentido de que no podemos expresar la alegría del Evangelio mientras unos lo tienen todo y otros no tienen nada.

El camino pastoral en nuestra América Latina queda marcado simultáneamente por el deseo de la evangelización, que es el lema propio de Puebla y que vuelve a ser el lema, con otras palabras, en Santo Domingo. Está marcado por la evangelización. Eso viene del corazón orante de Juan XXIII, pero está marcado también por la preocupación incesante por la justicia.

Es interesante también ver que la Conferencia de Puebla en 1979 toma una opción no solamente por los pobres. Esto lo destacó, porque creo que se olvida mucho. Todos hemos oído hablar sobre la opción por los pobres, pero Puebla no sólo dio la opción por los pobres, también hizo opción por

los jóvenes. Porque se daban cuenta los obispos, en 1979, que no está sucediendo únicamente que los pobres se van a otros “evangelios”, “evangelios” entre comillas, el “evangelio” del marxismo, por ejemplo, el “evangelio” del hedonismo, el “evangelio” del “nadaísmo”, el “evangelio” del hippismo, las corrientes que abundan en los sesenta y en los setenta, sino que los jóvenes se están yendo hacia allá. Entonces Puebla propone opción clara por los pobres, pero también opción clara por los jóvenes como destinatarios privilegiados de la Buena Noticia en la coyuntura que pasaba, que sigue pasando nuestro continente.

### **3.1.4. Los movimientos eclesiales**

No podemos negar la importancia de los movimientos eclesiales. Los movimientos eclesiales, –en medio de ambigüedades, hay que reconocerlo–, son también una especie de sorpresa del Espíritu Santo<sup>20</sup>. Porque una cosa interesante de estos movimientos es su extensa presencia laical. Y si estamos diciendo que el gran dolor de Juan XXIII es la separación entre la Iglesia y el mundo, entre la Iglesia y la sociedad, pues resulta que los movimientos eclesiales, bien entendidos, bien pastoreados, son una gran respuesta, porque vienen a ser como una expresión de ser Iglesia, porque tengo a Cristo en mi corazón, pero al mismo tiempo, por ser sociedad, precisamente por mi condición laical, por mi condición seglar.

Entonces surgen una serie de realidades, a veces ambiguas, que cautivan muchos corazones y que llegan a ese ámbito laical y que siguen creciendo entre nosotros con mayor o menor éxito. Ahí estará el Camino Neocatecumenal, ahí estará la Renovación Carismática, ahí estará toda una serie de metodologías de

---

<sup>20</sup> Cf. Joseph RATZINGER, “Conferencia en el Congreso Internacional de Movimientos Eclesiales – Roma” (27.05.1998), <https://www.aciprensa.com/movimientos/movi1.htm> (fecha de consulta 30.11.2016).



retiros espirituales. Hay que mencionar también Comunión y Liberación, los Focolares. Es decir, también esos movimientos, fruto del Espíritu, y en cierto sentido, eco del Vaticano II, son expresiones del intento de salvar ese abismo entre Iglesia y sociedad.

### 3.2. Tres textos de San Juan Pablo II

Juan Pablo II asume la Cátedra de Pedro en 1978, y empieza, desde su propio ángulo, a responder a la misma pregunta, el mismo dolor, la misma inquietud, la que había tenido Pablo VI. Pablo VI decía: “La Iglesia es experta en humanidad”<sup>21</sup>. Escribió entre sus últimos documentos uno sobre la alegría cristiana<sup>22</sup>. A su manera, Pablo VI está resolviendo lo mismo de Juan XXIII: “¿Qué hacemos con esa separación?”. Podemos decir que es el caso como de dos familias que han peleado, se han insultado, se han herido mucho, y estamos tratando de ver cómo se puede lograr un acuerdo, una comunicación, un puente.

Juan Pablo II la tiene perfectamente clara. Es el hombre que ha vivido la Segunda Guerra Mundial, con todo el dolor que eso implica, y después ha vivido adónde puede conducir la falsa utopía comunista. Se ha encontrado con los tentáculos penetrantes, y varias veces homicidas, en su propia nación, en Polonia. Juan Pablo II tiene ese ingrediente no sólo de descubrir la necesidad del Evangelio, sino el ingrediente de conocer el daño que hacen los falsos “evangelios”. Es decir, en concreto, la falsa esperanza que crea el modelo comunista soviético. Por

---

<sup>21</sup> PABLO VI, “Discurso a los representantes de los Estados ante la Organización de las Naciones Unidas” (04.10.1965), en [https://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf\\_p-vi\\_spe\\_19651004\\_united-nations.html](https://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651004_united-nations.html) (fecha de consulta 30.11.2016).

<sup>22</sup> Cf. PABLO VI, “Exhortación apostólica *Guadete in Domino*” (09.05.1975), en [http://w2.vatican.va/content/paul-vi/en/apost\\_exhortations/documents/hf\\_p-vi\\_exh\\_19750509\\_gaudete-in-domino.html](http://w2.vatican.va/content/paul-vi/en/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19750509_gaudete-in-domino.html) (fecha de consulta 30.11.2016).

eso, desde el principio su grito es: “¡Abran las puertas a Cristo!”. Te lo puedes imaginar perfectamente como visitando a la casa de la familia con la que estamos de pelea –es una comparación muy infantil–, pero es la que tengo en el momento. Entonces, Juan Pablo va a la casa. Esa casa es la sociedad, es el mundo, es Europa, es Occidente, de otra manera, es el resto del planeta, pero es sobre todo en ese contexto en el que él llega a golpear y a decir: “¡Abran las puertas a Cristo! Vengo de parte de Cristo, ¡abran las puertas!”<sup>23</sup>.

Su primer documento es un esfuerzo de responder a la misma pregunta de Juan XXIII: “¿Qué hacemos para que la Buena Noticia del Evangelio llegue a sus destinatarios?” El Papa Juan Pablo II, que sabemos que asume ese nombre para declararse en continuidad con Juan XXIII y Pablo VI, da una respuesta: “Cristo viene como Redentor, Cristo viene como Buena Noticia”.

Hay tres textos que quisiera destacar brevemente de Juan Pablo II porque tienen mucho que ver con este Año de la Misericordia, y en cierto modo anticipan muchas frases que algunos creen que son de hoy o de ayer; realmente son parte del tesoro común de la Iglesia.

### 3.2.1. *Dives in misericordia*

En el año 1980, a dos años de haber empezado su pontificado, Juan Pablo II publica su encíclica *Rico en misericordia*, refiriéndose al Padre, *Dives in Misericordia*. Con este documento el Papa avanza en una trilogía que dedica a la

---

<sup>23</sup> Véase JUAN PABLO II, en [http://es.radiovaticana.va/storico/2013/10/22/memoria\\_de\\_juan\\_pablo\\_ii\\_%C2%AB%C2%A1no\\_tengan\\_miedo!\\_%C2%A1abran\\_las\\_puertas\\_a/spa-739354](http://es.radiovaticana.va/storico/2013/10/22/memoria_de_juan_pablo_ii_%C2%AB%C2%A1no_tengan_miedo!_%C2%A1abran_las_puertas_a/spa-739354) (fecha de consulta 30.11.2016).

Trinidad: *Redemptor Hominis*<sup>24</sup> es para referirse a Jesucristo; *Dives in Misericordia*<sup>25</sup> es para referirse al Padre; y luego vendrá la encíclica sobre el Espíritu Santo, *Dominum et Vivificantem*<sup>26</sup>.

Pero detengámonos en la de la misericordia:

En Cristo y por Cristo se hace también particularmente visible Dios en su misericordia, esto es, se pone de relieve el atributo de la divinidad, que ya el Antiguo Testamento, sirviéndose de diversos conceptos y términos, definió “misericordia”.

Cristo confiere un significado definitivo a toda la tradición veterotestamentaria de la misericordia divina. No sólo habla de ella y la explica, usando semejanzas y parábolas, sino que además y ante todo, *él mismo la encarna y personifica. Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia*. A quien la ve y la encuentra en Él, Dios se hace concretamente “visible” como Padre “rico en misericordia” (DiM 2).

Es un lenguaje rico, denso, que nos invita a centrarnos en Cristo, pero sobre todo a verlo como la máxima expresión, como el regalo último y perfecto, como la plenitud de lo que Dios quería y podía darnos.

---

<sup>24</sup> Cf. JUAN PABLO II, “Carta Encíclica *Redemptor Hominis*” (04.03.1979), en [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_04031979\\_redemptor-hominis.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_04031979_redemptor-hominis.html) (fecha de consulta 30.11.2016).

<sup>25</sup> Cf. JUAN PABLO II, “Carta Encíclica *Dives in misericordia*” (30.11.1980), en [https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_30111980\\_dives-in-misericordia.html](https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30111980_dives-in-misericordia.html) (fecha de consulta 30.11.2016).

<sup>26</sup> Cf. JUAN PABLO II, “Carta Encíclica *Dominum et Vivificantem*” (18.05.1986), en [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_18051986\\_dominum-et-vivificantem.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_18051986_dominum-et-vivificantem.html) (fecha de consulta 30.11.2016).

### **3.2.2. *Reconciliatio et Paenitentia***

Unos años después, en 1984, habla de reconciliación y penitencia, donde vamos a encontrar otras declaraciones que nos muestran, con el propio lenguaje del Papa, lo que habíamos visto en los Padres de la Iglesia, que en el fondo es el pensamiento de siempre: la misericordia nunca brilla tanto como en el perdón al pecador.

Dice este Papa: “El hombre, todo hombre, es este hijo pródigo” (RP 5). Mira la descripción que va a ser del ser humano. Va a describir al ser humano, digo yo, con la secreta esperanza de que todos cuantos puedan reconocerse en estas palabras, puedan también reconocer en Jesucristo, tal como lo predica y lo ofrece la Iglesia, puedan reconocer, ahí, la gran oferta del amor divino. Es decir, la tesis que sostengo es que ya para Juan Pablo II era claro que la claridad teológica es indispensable, y es un piso indiscutible. Pero el único lenguaje que nos van a entender los de fuera es el lenguaje de la misericordia. Entonces dice:

El hombre, todo hombre, es este hijo pródigo: hechizado por la tentación de separarse del Padre para vivir independientemente la propia existencia. Caído en la tentación, desilusionado por el vacío que como espejismo lo había fascinado; solo, deshonrado, explotado, mientras buscaba construirse un mundo todo para sí; atormentado incluso desde el fondo de la propia miseria, por el deseo de volver a la comunión con el Padre (RP 5).

Yo pienso que especialmente los hermanos y hermanas venidos de Europa, sobre todo si ya cuentan unos cuantos años, van a reconocer, en estas palabras, una carta específicamente para esa generación de la postguerra. Porque los destinatarios de

Juan Pablo II, en estas palabras, son las mismas personas. Pero la gran diferencia es que un maestro universitario de inmensa autoridad, Jean-Paul Sartre, dice estas palabras y saca una conclusión: “La vida da náuseas” y “el infierno son los otros”<sup>27</sup>. Juan Pablo II toma exactamente el mismo drama, pero le da un desenlace diferente. Es decir, la misericordia es la palabra que hace que lo que hubiera podido ser el gravísimo desastre, la debacle de la civilización, pueda tener una conclusión feliz, un abrazo final (cf. RP 5).

La descripción de la Europa de la postguerra, ahora lo paso yo al género femenino, para que se vea de qué nos está hablando el Papa: “Europa, hechizada por la tentación de separarse del Padre para vivir independientemente la propia existencia, caída en la tentación, desilusionada por el vacío que como espejismo la había fascinado; sola, deshonrada, explotada, mientras buscaba construirse un mundo todo para sí” (cf. RP 5).

Lo que está haciendo Juan Pablo II es diciéndole a ese continente, y también de otras maneras a otras partes del mundo, –pero no podemos negar el ingrediente eurocéntrico aquí–, lo que le está diciendo a ese continente es: “¡Levántate, vuelve tus ojos! Sí, que tu vida es dura, que estás solo, que estás deshonrado, pero date cuenta que hay un camino, y ese camino es el camino de la misericordia”. “Como el padre de la parábola, Dios anhela el regreso del hijo, lo abraza a su llegada y adereza la mesa para el banquete del nuevo encuentro con el que se festeja la reconciliación” (RP 5).

Quizás mi hermenéutica puede estar equivocada, pero este abrazo es el mismo que quería Juan XXIII; es el abrazo de: “Dejemos de odiarnos. Usted deje de maldecir a la Iglesia, y nosotros dejemos de lanzar excomuniones y anatemas.

---

<sup>27</sup> Véase Jean-Paul SARTRE, en [http://www.webdianoia.com/contemporanea/sartre/sartre\\_filo.htm](http://www.webdianoia.com/contemporanea/sartre/sartre_filo.htm) (fecha de consulta 30.11.2016).

Busquemos otro camino, descubrámonos todos necesitados”. Por eso dice: “El hombre, todo hombre” (RP 5), y todo hombre son los obispos, y todo hombre son los Papas, y todo hombre son los monjes, las monjas, los catequistas, los clérigos, todos, ustedes y nosotros. Lo que está diciendo el Papa es: “Puesto que somos hermanos en esa miseria de nuestro pecado, ¿por qué no ser también hermanos caminando hacia la misericordia y hacia la reconciliación?”. Yo me siento oyendo al Papa Francisco. Mira, es Juan Pablo II, por supuesto, pero digo, me siento oyendo al Papa Francisco. Lo que más destaca es “la acogida” (verbo acoger) “festiva y amorosa del Padre al hijo que regresa, signo de la misericordia de Dios, siempre dispuesto a perdonar. En una palabra, la reconciliación es principalmente un *don del Padre celestial*” (RP 5). Así hablaba Juan Pablo II, en 1984. Eso ya tiene unos años.

Pero nos damos cuenta que, por un lado, es el mismo drama de Juan XXIII, y por otro lado, es el mismo lenguaje de Francisco. Quizás, por supuesto cada uno le da su propio énfasis, como tiene que ser, porque nadie tiene que ser fotocopia del otro.

### 3.2.3. *Veritatis Splendor*

El tercer texto que voy a destacar puede parecer un poco una sorpresa, porque lo voy a tomar de una encíclica bastante –diría–, con aristas muy fuertes. Estoy hablando de *Veritatis Splendor*<sup>28</sup>, promulgada en 1993.

Si nos damos cuenta, *Veritatis Splendor* es la respuesta al tema del subjetivismo. No puedo entrar ahora en ese tema, pero sugiero, especialmente a los que gustan de las áreas de moral, examinen en *Veritatis Splendor* la distinción preciosa

<sup>28</sup> Cf. JUAN PABLO II, “Carta Encíclica *Veritatis Splendor*” (06.08.1993), en [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_06081993\\_veritatis-splendor.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_06081993_veritatis-splendor.html) (fecha de consulta 30.11.2016).

que hace Juan Pablo II entre autenticidad y verdad, ¡es una cosa maravillosa! Para mí, lo que más me gusta –no significa que sea lo más importante–, es esa distinción. Porque, según Juan Pablo II, la autenticidad te deja en el solipsismo, la autenticidad te deja únicamente en ti, en el criterio tuyo contigo. Mientras que la verdad te obliga no solamente a ser auténtico, sino a buscar un referente más allá de ti, que vas a encontrarlo en la comunidad humana, en la comunidad cristiana y en la verdad moral. Encontramos toda una declaración sobre el bien moral: “Jesucristo, «luz de los pueblos», ilumina el rostro de su Iglesia, la cual es enviada por Él para anunciar el Evangelio a toda criatura” (VS 2).

El tema que va a aparecer aquí es: ¿la afirmación de la doctrina es un atentado contra la misericordia? Es decir, afirmar que existe lo verdadero y lo falso; afirmar que existe lo bueno y lo malo; afirmar que no todo vale, que hay límites y que hay que conocerlos y darles validez pública, ¿eso atenta contra la misericordia? Ese es el problema que aborda VS 2. Y dice aquí: “Así la Iglesia, pueblo de Dios en medio de las naciones, mientras mira atentamente a los nuevos desafíos de la historia y a los esfuerzos que los hombres realizan en la búsqueda del sentido de la vida, ofrece a todos la respuesta que brota de la verdad de Jesucristo y de su Evangelio” (VS 2). Es decir, la evangelización como acto de caridad, que sale al encuentro de la búsqueda del hombre contemporáneo. De nuevo es el lenguaje de Juan XXIII.

Tú estás buscándole un sentido a tu vida, tú intentas construir una existencia que tenga las características de racionalidad, de fecundidad, de felicidad, tú estás buscando eso. Yo tengo algo para darte. Entonces, la donación de la verdad es un acto de misericordia. Donar la verdad, dar la luz, dar la claridad al que está buscando, es un acto de compasión. Dice que la Iglesia,

mientras mira atentamente a los nuevos desafíos de la historia y a los esfuerzos que los hombres realizan en la búsqueda del sentido de la vida, ofrece a todos la respuesta que brota de la verdad de Jesucristo y de su Evangelio. En la Iglesia está siempre viva la conciencia de su “deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, de manera adecuada cada generación, pueda responder a los permanentes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas” (VS 2).

Entonces, ¿qué es la evangelización? Es un acto de misericordia. No es un acto de dominio; no debe serlo. No es un acto de imperialismo, no debe serlo; no es un acto de triunfalismo. El Papa Francisco ha denunciado muchas veces las actitudes triunfalistas, las que a veces tenemos los cristianos y a veces la evangelización se ha hecho en clave triunfalista: “¡Aquí llegamos nosotros pisando fuerte!” Ese lenguaje tiene que acabarse, si tomamos en serio estas palabras.

¿Qué es evangelizar? Es ofrecer. El mismo lenguaje lo utiliza el Papa Juan Pablo II, en *Redemptoris Missio*<sup>29</sup>, especialmente una frase, que considero muy feliz, es allí donde dice: “*La Iglesia propone, no impone nada*” (RM 39).

La evangelización implica presentar la verdad íntegra de Jesucristo; es un acto de misericordia. Por eso, no puede tolerarse una oposición entre doctrina y misericordia, o entre ley de la Iglesia y misericordia; no se puede tolerar esa oposición. Porque realmente la oferta de la Iglesia es esa. Puede parecer,

---

<sup>29</sup> Cf. JUAN PABLO II, “Carta encíclica *Redemptoris Missio*” (07.12.1990), en [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_07121990\\_redemptoris-missio.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_07121990_redemptoris-missio.html) (fecha de consulta 30.11.2016).



en un caso puntual, que lo que me propone la Iglesia no es lo que yo quisiera, y en ese momento la Iglesia me parece muy antipática. Porque si soy casado y quiero adúlterar, y la Iglesia me dice “no adúlteres”, me cae mal la Iglesia. Como decimos en mi país: “esa Iglesia me cae gorda”. Pero luego, si soy fiel, yo mismo descubro que esa Iglesia, aun regañándome, aun corrigiéndome, aun absolviéndome mi pecado porque hartas ganas tenía de adúlterar, esa Iglesia que me corrigió, me estaba amando cuando me corregía y me estaba dando una dádiva de misericordia con la luz que me estaba ofreciendo.

### **3.3. La novedad del Papa Francisco**

Observemos algunas novedades de nuestro Papa Francisco. Ya Juan Pablo II fue elocuente en gestos. Sus actitudes, no sólo sus palabras, sino sus actitudes y sus gestos eran elocuentes. Podemos decir que el Papa Francisco ha llevado ese lenguaje gestual a otro nivel.

Hace poco sentía yo una gran ternura cuando nuestro Papa Francisco visita esta clínica de niños prematuros. Y entonces está él con su gorrito, está él con su vestido, que es necesario en esas condiciones, médicamente hablando, ¿no? El Papa que se pone su uniforme para proteger, también físicamente, a esos bebés, a los que carga, sonrío, bendice. Una novedad es el lenguaje gestual en un nivel que casi no necesita traducción. Hace un año se difundió por todo el mundo, “se volvió viral” en las redes sociales, un abrazo que le daba el Papa Francisco a un hombre con una enfermedad muy extraña que deforma terriblemente el rostro.

Esos seres humanos indudablemente tienen que sufrir mucho, no sólo por los dolores, sino también porque su aspecto se vuelve muy terrible. Y el Papa Francisco abraza y besa a

esa persona. Es decir, la misericordia es un lenguaje que no queda únicamente para las palabras; los gestos de misericordia son muy importantes. Y Francisco nos lo está recordando. Por ejemplo, el caso de nosotros, sacerdotes, no podemos ser simplemente conferencistas; importan nuestros gestos, abrazos, sonrisas, en dónde estamos presentes, con quiénes nos tomamos la foto. Yo tuve un Provincial, en mi Provincia de Colombia, que hablaba mucho de eso: con quién nos tomamos la foto. Porque es tremendo que a veces todas las fotos salen con ciertos grupos, y a veces son los grupos de más poder; ¿dónde están las otras fotos? La foto en la escuela o en la institución especial para autistas. ¿Dónde está la otra foto con los mendigos de la ciudad? Yo sé que hay gente que calificará estas cosas como puro teatro, pero esa es una simple calumnia. Hay una bella tradición en los papas de tener esos gestos. Un papa canonizado, San Pío V, lo mismo que ha hecho el Papa Francisco, organizaba cenas con los pobres de Roma. Así tal cual. Ese era Pío V. Es decir, los gestos son necesarios, no es simplemente discursos.

Otro elemento que hay que destacar, y personalmente me ha llegado mucho siempre, es el tema de las periferias, que yo traduzco con esta pregunta: ¿A quién estamos olvidando? ¿Quiénes se nos están olvidando? Esa pregunta es muy importante, porque las periferias están indicando muchas veces los destinatarios privilegiados del Evangelio. Y Francisco lo dice también con sus palabras. Si miramos la vida de Cristo, realmente sólo habló con la gente de mucho poder cuando ya lo iban a crucificar, ¿no? No encontramos a Cristo con demasiados diálogos con Anás, con Caifás, con Pilato, ya cuando llegó el momento de la Pasión, pero parece que Cristo tenía una cierta obsesión por los que no cuentan, por los que no suman, por los que no importan.

Por supuesto, hay que llegar a esos, a los que no cuentan y a los que no suman, con toda la riqueza del Evangelio. Si yo voy donde los pobres a presentarles un Evangelio diluido, en el fondo los estoy despreciando. Les estoy diciendo: “Como ustedes no pueden con el Evangelio completo, entonces esperen. Les doy un Evangelio así, así bien rebajadito, éste sí lo pueden tomar”. No, el evangelio del que son dignos los pobres es el Evangelio completo, con todas sus aristas, a veces incómodas, y con su llamado irrenunciable a la santidad.

El tema de las periferias es precioso en Francisco. Otro elemento es la importancia de la pobreza y sus virtudes acompañantes, que son, por ejemplo, la austeridad, el dominio de sí mismo, la sobriedad. Yo tengo un buen concepto de la vida sobria del Papa Francisco, no sólo ahora que ha asumido esta responsabilidad, sino en la larga tradición de su vida. Realmente es un hombre que, desde su propia vocación de religioso jesuita, ha optado por una sobriedad a veces espartana. Eso no se lo inventó él como una pose cuando llegó a Roma, sino ha sido su vida, y eso tiene mucho que decirnos, porque ese lenguaje también habla.

Los lugares donde estamos, los banquetes que tenemos, eso también habla. A mí no me extrañaría que quizás fue el mismo Papa Francisco el que dijo en la fiesta de canonización de Santa Teresa de Calcuta: “Pizza, van a repartir pizza”<sup>30</sup>. Algo así sencillo, popular, algo que está prácticamente al alcance de todos los bolsillos. Y qué apropiado es que una mujer que dedicó lo más extenso y lo más generoso de su vida a servir a los pobres, cuando es canonizada, pues ya ves que la fiesta es así, con alimento tan sencillo y tan popular, especialmente en Italia.

---

<sup>30</sup> Véase <https://es.zenit.org/articles/el-papa-invita-a-pizza-a-1500-pobres-que-asisten-a-la-canonizacion-de-madre-teresa/> (fecha de consulta 01.12.2016).

Ese elemento de sobriedad, de pobreza, eso nos marca un camino pastoral a nosotros. Me decía un sacerdote en mi país, con todos estos gestos de austeridad, de sobriedad que tiene el Papa Francisco, decía: “Se les va a complicar la vida a varios obispos”. ¡Y qué bueno que esos ejemplos cundan! Cada uno, en su proporción y en su manera, puede hacer algo; y muchas veces, de esos actos de sobriedad, como ya lo decía San León Magno al referirse a las obras propias de la Cuaresma, surge también la caridad. De la misma sobriedad tuya descubres que no necesitas tanto, y el que no necesita tanto puede dar más. O sea que es un lenguaje muy cercano al de Francisco en estos temas.

Y luego la cruzada, –palabra antipatiquísima hoy–, pero aquí la utilizamos de otra manera, la cruzada del Papa Francisco contra la indiferencia, que fíjate que es otra manera de perseguir el sueño de Juan XXIII. Porque si estamos luchando contra la indiferencia, es porque no nos resignamos a que el mundo incrédulo se muera en su incredulidad, o a que el hombre pecador se muera en su pecado. ¿Por qué? Porque no hizo caso, ¡entonces que se pudra! No, ese no puede ser el cristianismo.

“Tenemos que buscarnos”, dice el Papa Francisco, “de una y de otra manera, cómo hacemos para llegar”. Las soluciones específicas que propone Francisco a veces pueden parecer buenas y otras no tanto. A veces pueden funcionar y otras no tanto. Pero yo tomo de Francisco, sobre todo, el camino en el que él nos quiere. Él mismo ha dicho varias veces: “Yo no considero que yo tenga la solución de todo”. Él propone ideas. Por ejemplo, cuando empezaba esta crisis de refugiados, dijo: “Bueno que cada convento reciba uno o dos”<sup>31</sup>. Yo no sé si es

---

<sup>31</sup> Véase FRANCISCO, El Ángelus (06.09.2015), en: <http://www.zenit.org/es/articulos/el-papa-en-el-angelus-nuestro-pecado-es-crear-islas-inaccesibles-e-inhospitas> (fecha de consulta 06-09-15).

tan sencillo como eso. Quizás la solución específica no sea, pero es que él tampoco no es una caja de recetas ni nunca se ha presentado así. La solución específica tal vez no sea, pero que hay que buscar solución, y que no podemos quedarnos cómodamente metidos en nuestro edificio de privilegios o en nuestro edificio de doctrina. Eso ya es parte del tesoro de doctrina y de enseñanza de Francisco.

### **Conclusiones globales**

Primero, no impongamos nuestra idea de misericordia sobre el mensaje revelado. Dejémonos enseñar por la Palabra y por dos mil años de Iglesia. Tomemos en serio que Cristo es la revelación de Dios Padre, y que el Dios misericordioso es el que nos enseña qué es misericordia, lo cual significa que hay que superar la idea de misericordia como simple ternura, como simple sentimiento, como simple promoción humana. Fíjate como Juan Pablo II nos llevó a decir que la misericordia también es la evangelización.

Segundo, el anuncio de la misericordia va ligado al reconocimiento del pecado, y por tanto, el Año de la Misericordia dará frutos en proporción al camino de arrepentimiento sereno y de conversión profunda. Entre otras cosas, eso nos lo ha dicho el Papa Francisco muchas veces; cuando nos dice, por ejemplo, a nosotros los religiosos, que tenemos que llevar un régimen de vida mucho más simple, ¿eso cómo se llama? Conversión. ¿Y qué hay que hacer? Pues hay que arrepentirse, porque a veces no hemos respondido al ideal del Evangelio. O sea, cualquier otra cosa que se diga, es simple demagogia. ¿Y eso quién tiene que hacerlo? Pues todos, cada uno desde su propia situación. El que es profesor, tendrá que examinarse en eso; el que es párroco, mírese en eso; la madre de familia, mírese en eso; cada uno tiene que hacerlo.

Tercero, el llamado de la misericordia siempre nos lleva a salir de nuestras zonas de seguridad, de nuestras zonas de confort. Es el famoso lema de Francisco: “Iglesia en salida” (EG 17; 24). Tenemos que salir, y no una sino muchas veces, salir de zonas de seguridad y zonas de confort. En otro lenguaje lo han dicho otros Papas, ¿no? En *Evangelii Nuntiandi*<sup>32</sup>, el Papa Pablo VI habla de eso. De cómo es necesario seguir el ejemplo de los misioneros que lo arriesgaron todo. Juan Pablo II tiene palabras semejantes. Pero percibamos la intensidad y la inspiración que nos traen estas palabras.

Cuarto, la plenitud de la obra de la misericordia no termina en esta tierra. Lo ha dicho Benedicto, lo ha dicho Francisco: “No convirtamos a la Iglesia en una gigantesca ONG”<sup>33</sup>. No se trata simplemente de las obras de misericordia corporales. Aconsejar al que lo necesita, escuchar al que está atribulado, enterrar al muerto, orar por el difunto, esas también son obras de misericordia. Eso no ha cambiado. La misericordia no la limitemos a lo que se puede presentar en un gráfico de Excel, ¿no?, o de una hoja de cálculo. Porque a veces queremos también cuantificar la misericordia: “Hemos entregado tantos bultos de alimento, hemos construido tantas casas”, ¡Bendito Dios! ¡Eso es importante! Pero es que yo conozco sacerdotes, que parecen que son muy fieles al estilo del Padre Pío, ¿y entonces qué dirán ellos?: “Bueno, en el 2015 perdoné 32.000 pecados; en el 2016 voy avanzando con...”. Esos cuadros no van a salir, pero eso también es misericordia, y se los dice uno que es pecador: de esa misericordia todos necesitamos”.

<sup>32</sup> Cf. PABLO VI, “Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*” (08.12.1975), en [http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/apost\\_exhortations/documents/hf\\_p-vi\\_exh\\_19751208\\_evangelii-nuntiandi.html](http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html) (fecha de consulta 01.12.2016).

<sup>33</sup> Véase FRANCISCO, “Homilía de la misa con los cardenales - Roma” (14.03.2013), en [http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2013/documents/papa-francesco\\_20130314\\_homelia-cardinali.html](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2013/documents/papa-francesco_20130314_homelia-cardinali.html) (fecha de consulta 01.12.2016).